

## **LA TOMA DE *CARTHAGO NOVA* POR PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN: ¿LEYENDA O REALIDAD?**

**David Fernández Rodríguez**

«Lo primero que supo fue que era prácticamente la única ciudad de España dotada de un puerto capaz de albergar una flota, es decir, fuerzas navales; averiguó, además, que su situación era excepcionalmente favorable para los cartagineses, para sus navegaciones desde el África y sus travesías por mar».

(Pol. X, 8, 2)

Intentaremos abordar, a través del presente trabajo, alguno de los puntos oscuros que dificultan la comprensión de un episodio histórico tan significativo como la conquista de *Carthago Nova* por P. Cornelio Escipión.

Somos conscientes de la abundante información disponible en referencia a estos acontecimientos. Por ello, nada más lejos de nuestra intención que zanjar definitivamente un debate que todavía llenará, confiamos, muchas páginas. Al contrario, nuestro objetivo es, única y exclusivamente, añadir al debate algún aspecto relevante de las fuentes que, tal vez por su obvedad, no ha sido explícitamente incluido en estudios mucho más ambiciosos que el que nos ocupa. Con esta finalidad, comenzaremos analizando brevemente las fuentes que hemos utilizado para la elaboración de este artículo. Tras este apartado inicial, hemos creído conveniente continuar con la situación inmediatamente anterior a la llegada de Escipión a la Península Ibérica, lo que nos ayudará a comprender, sin duda, el decisivo paso que supuso para las armas romanas la acción del joven comandante sobre la plaza púnica.

## Las fuentes

Nos vamos a apoyar principalmente en los relatos de Polibio y Tito Livio, aunque sin despreciar otras narraciones como la de Apiano<sup>1</sup>. Polibio es, a nuestro juicio, la fuente más importante de cuantas se conservan. Además de su proximidad a los acontecimientos, hay tres razones que nos llevan a adoptar esta opinión. Por un lado, el autor griego pudo acceder a una carta que el propio Escipión había enviado al rey Filipo V de Macedonia detallando su plan para conquistar la ciudad púnica<sup>2</sup>. Al parecer, circulaban por Roma varias copias de esta carta en época de Escipión Emiliano<sup>3</sup>. Además, es bastante probable que Polibio recibiera el testimonio directo de C. Lelio<sup>4</sup>, comandante de la flota y amigo íntimo de Escipión<sup>5</sup>, e incluso, como indica Mansfield<sup>6</sup>, que el historiador pudiera hablar con más hombres presentes en la toma de la ciudad, lo cual no es garante, sin embargo, de la absoluta veracidad del relato<sup>7</sup>. Para finalizar, el autor griego forjó, durante su forzada estancia en Roma<sup>8</sup>, una estrecha y duradera amistad con Escipión Emiliano<sup>9</sup>,

---

<sup>1</sup> Sobre Apiano, véase B. D. Hoyos, *Unplanned Wars. The Origins of the First and Second Punic Wars*, Berlín 1998, 292-293. Un análisis de los autores griegos que se ocuparon de las Guerras Púnicas en J. Irmscher, «Die punischen Kriege in griechischer Sicht», en *Punic Wars*, Leuven (Belgium) 1989, 307-316. Sobre las fuentes que hablan de *Carthago Nova*, véase especialmente E. Ruiz Valderas y M. J. Madrid Balanza, «Las murallas de Cartagena en la Antigüedad», en *Estudio y catalogación de las defensas de Cartagena y su bahía*, Murcia 2002, 63-70.

<sup>2</sup> Pol. X, 9, 3. Sobre ello, A. Schulten, *FHA III. Las guerras de 237-154 a. de J. C.*, Barcelona 1935, 100. F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, vol. II, Oxford 1967, X, 2, 1-20, 8; R. Mansfield, *Studies on Scipio Africanus*, Westport 1976 (Baltimore 1933), 13-14.

<sup>3</sup> Walbank, *Com.*, X, 9, 3.

<sup>4</sup> Ocupó la edilidad en el 197, la pretura en el 196 y el consulado en el 190. Sobre ello, T. R. S. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic*, I, Atlanta 1986 (New York 1951), 333; 335 y 356.

<sup>5</sup> Pol. X, 3, 2. Un análisis en Walbank, *Com.*, X, 2, 1; 3, 1-7. Véase también W. V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome. 327-70BC.*, Oxford 1985 (Oxford, 1979), 117, n. 1.

<sup>6</sup> Mansfield, 1976, 30-31

<sup>7</sup> *Ibid.*, 38.

<sup>8</sup> Sobre el nacimiento, la infancia y educación de Polibio, así como sobre lo referente a su captura y estancia en Roma, véase T. R. Glover, «Polybius», *CAH VIII*, Cambridge 1970, 1-5 y 7-9 respectivamente.

nieto adoptivo del Africano. Esta relación le facilitó el contacto con los grupos más influyentes de la capital latina y con ello el acceso a memorias, tratados y otros documentos, tanto en archivos públicos como privados, así como a las historias escritas por historiadores romanos como Fabio Pictor y L. Cincio Alimento<sup>10</sup>. Textos a los que debemos sumar los escritos por Sileno —un griego que acompañó a Aníbal en su marcha a Italia—<sup>11</sup>, los recogidos por el historiador filopúnico Filino<sup>12</sup>, y la biografía que del propio Aníbal escribió Sosilo<sup>13</sup>.

No deja de sorprender, por otra parte, la minuciosidad de Polibio que, como él mismo afirma<sup>14</sup>, llegó a inspeccionar personalmente la ruta de Aníbal en los Alpes, y lo que es aún más importante para el presente trabajo, tuvo oportunidad de visitar *Carthago Nova*, visita ésta sobre la que trataremos más adelante.

Sin embargo, el testimonio de Polibio debe utilizarse con cierta prudencia. La influencia de su amistad con Escipión Emiliano se hace patente en algunos pasajes de su obra<sup>15</sup>. En este sentido, Díaz Tejera nos recuerda que Polibio recuperó la libertad gracias a la influencia, amén de Catón, del propio Escipión Emiliano<sup>16</sup>. Son por tanto lógicas las dudas sobre la imparcialidad

---

<sup>9</sup> El propio Polibio lo reconoce en XXXI, 23, 1-12; 25, 1. Sobre esta amistad, por ejemplo, J. Gómez de Caso, *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a. C.)*, Alcalá de Henares 1996, 126, n. 89; A. E. Astin, «Sources», *CAH VIII*, Cambridge 1998, 4.

<sup>10</sup> Astin, 1998, 5. Sobre las fuentes de Polibio en general, A. Díaz Tejera, «Introducción», en Polibio, *Historias I-IV*. Traducción de M. Balasch Recort, Madrid 1981, 41; B. D. Hoyos, *Unplanned Wars. The Origins of the First and Second Punic Wars*, Berlín 1998, 287-290; G. Cruz Andreotti, «Introducción», en Polibio, *Historias, I-IV*, Madrid 2000, XXVI y especialmente Walbank, *Com.*, X, 2, 1.

<sup>11</sup> Walbank, *Com.* X, 2, 1; Mansfield, 1976, 30-31.

<sup>12</sup> Pol. I, 14, 1.

<sup>13</sup> Nep. *Hann.*, 13.3; J. Prevas, *Hannibal Crosses the Alps. The Invasión of Italy and the Punic Wars*. New York 2001, 71, n. 14.

<sup>14</sup> Pol. III, 48, 12. Véase también, Prevas, 2001, 74.

<sup>15</sup> Para Astin, un ejemplo significativo de ello es el juicio que emite sobre los motivos que llevaron a Marcelo a pedir la paz con los celtíberos (XXXV, 3, 4; XXXV, 4, 3 y 8), influido sin duda por el rechazo de su patrón Emiliano a firmar dicha paz (Astin, 1998, 5). Harris, por su parte, señala el libro XV como ejemplo del deseo evidente que Polibio tenía de agradar a Escipión y sus amigos (Harris, 1985, 117).

<sup>16</sup> Díaz Tejera, 1981, 11.

del autor heleno, tanto en aquellos pasajes de su obra relacionados con el mundo griego, como en los que versan sobre acciones de la Roma contemporánea a su relación con Emiliano o que, de alguna manera, afectaran a la familia de éste<sup>17</sup>. Pese a lo anterior, Polibio es considerado, por lo general, un autor bastante fiable e independiente, con una visión equilibrada y de una gran seriedad<sup>18</sup>. En definitiva, y al margen de estas dudas, el autor griego es, junto con Livio, nuestra principal fuente para los acontecimientos que aquí se analizan e influyó, sin duda, en todos los historiadores posteriores que escribieron sobre esta guerra<sup>19</sup>.

Hemos venido insistiendo en la importancia de Livio como fuente para el estudio de la Segunda Guerra Púnica. Es cierto que gran parte de su relato está tomado de Polibio, llegando a dar la impresión de limitarse en ocasiones a traducir al latín el relato del historiador griego, si bien generalmente lo reelabora y añade una mayor carga dramática<sup>20</sup>. El historiador latino es además objeto de duras críticas por su tendencia a inventarse pasajes a fin de lograr un efecto patriótico<sup>21</sup>. Pero resulta sin duda excesivo que, como denuncia Astin, se haya llegado hasta el extremo de tratar con escepticismo aquellos fragmentos de Livio que no provengan de Polibio<sup>22</sup>. No podemos olvidar que el autor latino tuvo acceso a algunas fuentes primarias sobre los acontecimientos y que, nos guste o no, su obra es imprescindible para completar y rellenar algunas lagunas del relato de Polibio<sup>23</sup>.

---

<sup>17</sup> Astin, 1998, 5-6. En general, sobre la objetividad de Polibio, G. Schepens, «Polybius on the Punic Wars. The Problem of the Objectivity in History», en *Punic Wars*, Leuven (Belgium) 1989, 317-327. Sobre la política romana en época de Polibio y sobre la visión que del imperialismo romano tiene el autor griego, véanse respectivamente F. W. Walbank, «Political Morality and the Friends of Scipio», *JRS*, LV, 1965, 1-16 y Harris, 1985, 107-117.

<sup>18</sup> Véase, por ejemplo, Glover, 1970, 21 y 24; Gómez de Caso, 1996, 133, n. 121. Desgraciadamente, si prescindieramos del relato de Polibio, se crearía un gran vacío, no sólo en el estudio de las Guerras Púnicas, sino en el de gran parte de la Historia Helenística. Sobre ello, Schepens, 1989, 318-319 y Astin, 1998, 4 y 7.

<sup>19</sup> Autores como Diodoro Sículo, Dión Casio y Plutarco tomaron fragmentos de la obra de Polibio para elaborar sus escritos. Sobre ello, Astin, 1998, 8.

<sup>20</sup> Al respecto, por ejemplo Astin, 1998, 8-10; Prevas, 2001, 76-78.

<sup>21</sup> P. Sabin, «The Face of Roman Battle», *JRS*, XC, 2000, 3, n. 12; A. Goldsworthy, *Las Guerras Púnicas*, Barcelona 2002 (or. ingl. Londres 2000), 22-23.

<sup>22</sup> Astin, 1998, 10.

<sup>23</sup> Prevas, 2001, 76-78. Véase también Walbank, *Com.*, X, 2, 1.

## La situación en Hispania

En el año 211 a. C., la situación de las fuerzas romanas en la Península Ibérica era poco menos que desesperada; los hermanos Publio y Cneo Cornelio Escipión, tras haber dividido su ejército, habían caído derrotados ante las tropas púnicas<sup>24</sup>. Es difícil explicar la desafortunada decisión que llevó a los malogrados comandantes romanos a dividir su ejército. Lo cierto es que sus avances se habían producido aprovechando los problemas causados a los cartagineses por una rebelión nómada en África<sup>25</sup>. Esto no impide, sin embargo, poner en duda la capacidad de los comandantes romanos al mando en una época en la que «la obtención del triunfo y la gloria militar durante el período del consulado era el único móvil profundo para la guerra»<sup>26</sup>. Tras la derrota, que costó la vida a los dos hermanos<sup>27</sup> —episodio éste que Gracia Alonso ve representado en las cerámicas del Tossal de Sant Miquel de Lliria<sup>28</sup>—, las tropas romanas lograron reorganizarse gracias a T. Fonteyo<sup>29</sup>, legado del fallecido Publio, y a L. Marcio<sup>30</sup>, un caballero romano que servía a las órdenes de Cneo. Comandando entre ambos las tropas supervivientes, lograron guiarlas hasta el territorio al norte del Ebro. Esta retirada no supuso, sin embargo, la pérdida de algunos territorios que habían conquistado los romanos al sur del Ebro, siendo bastante probable que, como tendremos ocasión de exponer más ampliamente, conservaran Sagunto.

---

<sup>24</sup> Sobre la localización de estas batallas, G. De Sanctis, *Storia Dei Romani*, III, 2, Firenze 1968 (Torino 1916), 432, n. 4 y 434, n. 8; R. Corzo Sánchez, «La Segunda Guerra Púnica en la Bética», *Habis* 6, 1975, 224-228, y especialmente el artículo de A. M. Canto, «*Ilorci, Scipionis Rogus* (Plinio, *NH* III, 9) y algunos problemas de la Segunda Guerra Púnica en Hispania», *RSA*, 1999, 127-167.

<sup>25</sup> Liv. XXIV; 48-49.

<sup>26</sup> Gómez de Caso, Gómez de Caso, 1996, 85, n. 17.

<sup>27</sup> Sobre ello, Broughton, 1986, 274.

<sup>28</sup> F. Gracia Alonso, *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*, Barcelona 2003, 63, n. 73 y 74. Sobre la posible relación entre las cerámicas y la II Guerra Púnica en general, *ibid.* 59 ss.

<sup>29</sup> Sobre Fonteyo, véase Broughton, 1986, 275, n. 9.

<sup>30</sup> Un «*eques romanus*» según Liv. XXV, 37, 2. Véase, sobre Marcio, Canto, 1999, 147, n. 78; Goldsworthy, 2002, 298, n. 8 y especialmente Broughton, 1986, 275, n. 8.

Livio atribuye a Marcio algunas victorias sobre los púnicos<sup>31</sup>, pero estas campañas han sido consideradas tradicionalmente una invención del autor latino<sup>32</sup>, y aunque no podemos negar el valor de su actuación, manteniendo los territorios al norte del Ebro en manos romanas<sup>33</sup> e impidiendo la deserción de las numerosas e importantes tribus que habitaban en ese territorio<sup>34</sup>, a la hora de reconocer su importancia como obstáculo para el paso de Asdrúbal a Italia surgen ya las discrepancias entre los diversos autores. ¿Realmente era la intención de Asdrúbal pasar a Italia en fechas tan tempranas? Tanto De Sanctis como Hallward opinan que repeler la invasión romana era el objetivo prioritario de las tropas púnicas en Hispania, por lo que ponen en duda que los púnicos quisieran pasar a Italia en fechas anteriores al 211 a. C.<sup>35</sup>. Ambos investigadores creen que la tradición seguida por Livio es falsa, seguramente una anticipación de la campaña posterior del año 208 a. C., y Hallward añade que, si Aníbal realmente necesitaba refuerzos, había una armada disponible en Cerdeña<sup>36</sup>. Por el contrario, A. M. Canto, por ejemplo, cree que el único objetivo de los hermanos Escipión, al menos hasta el año 211 a. C., había sido impedir el paso de nuevas tropas cartaginesas a Italia<sup>37</sup>. Ciertamente, esto es lo que sugieren, en general, las fuentes: Apiano menciona una carta de Aníbal pidiendo refuerzos<sup>38</sup>; Livio habla, tanto de la orden que recibe Asdrúbal de llevar a su ejército a Italia<sup>39</sup>, como de la preparación de la marcha<sup>40</sup>, señalando además el alivio del pueblo romano tras los recientes éxitos de los malogrados generales en la Península Ibérica<sup>41</sup>, y Zonaras también respalda la visión de A. M. Canto<sup>42</sup>.

---

<sup>31</sup> Liv. XXV, 37.

<sup>32</sup> Por ejemplo De Sanctis, 1968, 435, n. 10 y J. S. Richardson, *Hispaniae. Spain and the Development of Roman Imperialism. 218-82 BC*, Cambridge 1986, 44.

<sup>33</sup> Liv. XXVI, 20, 1-3; De Sanctis, 1968, 435; Richardson, 1986, 44.

<sup>34</sup> B. L. Hallward, «The Roman Defensive», en *CAH VIII*, Cambridge 1970, 71.

<sup>35</sup> De Sanctis, 1968, 234. El autor italiano duda mucho que, como Livio afirma, el verdadero objetivo de los cartagineses fuera pasar a Italia (*Ibidem*, n. 68). Véase también Hallward, 1970, 60, n. 1.

<sup>36</sup> Hallward, 1970, 60, n.1.

<sup>37</sup> Canto, 1999, 131-132.

<sup>38</sup> App. *Hann.*, 16.

<sup>39</sup> Liv. XXIII, 27, 9.

<sup>40</sup> Liv. XXIII, 28 (especialmente XXIII, 28, 7).

<sup>41</sup> Liv. XXIII, 29, 17.

<sup>42</sup> Zonar. 9, 3.

Desde su campamento al norte del Ebro, Marcio informó al Senado de sus actividades, pidiendo al mismo tiempo provisiones y ropa para sus soldados<sup>43</sup>. El Senado, indignado por la proclamación ilegítima de Marcio como magistrado<sup>44</sup>, envió a Hispania al propretor C. Claudio Nerón<sup>45</sup>, el futuro vencedor en la batalla del río Metauro. Se enviaron bajo el mando de Nerón, según Livio<sup>46</sup>, un total de 12.000 infantes y 1.100 jinetes, de los cuales 6.000 infantes y 300 jinetes eran romanos, siendo aliados latinos los restantes (seguramente una legión con sus auxiliares). Estas tropas, formadas con efectivos de las legiones que habían tomado Capua, embarcaron en Putéolos con destino a Hispania. Ya en Tarraco, Nerón armó a la tripulación de las naves a fin de incrementar el número de efectivos y emprendió la marcha hacia el Ebro<sup>47</sup>, donde se hizo cargo de las tropas de T. Fonteyo y L. Marcio<sup>48</sup>, reuniendo un total, si seguimos los cálculos de Peddie, de unos 20.000 infantes y 2.100 jinetes<sup>49</sup>.

A finales del 210 a. C., Nerón, tras algunas acciones de incierto alcance<sup>50</sup>, regresó a Roma<sup>51</sup>, siendo sustituido en el mando de Hispania por Publio Cornelio Escipión —hijo del cónsul caído en la Península—, que tan sólo había alcanzado la edilidad en su *cursus honorum*<sup>52</sup>. Era, sin duda, una medida excepcional; Escipión recibía, con tan sólo 24 años, las funciones de procón-

<sup>43</sup> Liv. XXVI, 2, 4.

<sup>44</sup> Liv. XXVI, 2, 1-2.

<sup>45</sup> Había ocupado la pretura en el 212 a. C.

<sup>46</sup> Liv. XXVI, 17, 1.

<sup>47</sup> Polibio dice que, en la batalla de Ecnomo, durante el transcurso de la I Guerra Púnica: «cada nave estaba tripulada por trescientos remeros y ciento veinte soldados» (I, 26, 7).

<sup>48</sup> Liv. XXVI, 17, 2-3.

<sup>49</sup> J. Peddie, *Hannibal's War*, Gloucestershire 1997, 162.

<sup>50</sup> Sobre la campaña de Nerón, De Sanctis, 1968, 437, n. 15; Broughton, 1986, 280. En opinión de B. L. Hallward, «Scipio and Victory», *CAH VIII*, Cambridge 1970, 83, n. 5, la historia de la emboscada de Nerón a las tropas de Asdrúbal es indefendible.

<sup>51</sup> Seguramente Nerón pudo acabar su mandato y el error de Livio se debe a una confusión motivada por el uso de múltiples fuentes. Sobre ello, L. Cottrell, *Hannibal. Enemy of Rome*, New York 1992 (London 1960), 185; Richardson, 1986, 44-45 y S. Lancel, *Aníbal*, Barcelona 1997 (or. fr. París 1995), 175.

<sup>52</sup> Pol. X, 5, 3.

sul<sup>53</sup>. Ello constituía una importante violación de las leyes romanas ya que, como hemos mencionado, Escipión sólo había sido edil y no alcanzaba la edad mínima legal para el cargo que se le otorgaba.

¿Cuáles fueron los motivos que llevaron al Senado a adoptar esta decisión? Es cierto que, pese a su juventud, Escipión ya tenía probada experiencia militar<sup>54</sup>, y el hecho de que tras la batalla de Cannae se le otorgaran a Marcelo, que era pretor, poderes consulares puede considerarse, en opinión de Delbrück, un precedente<sup>55</sup>. Otro dato significativo es la escasez, a consecuencia de las numerosas bajas que la guerra en Italia había causado entre la elite gobernante, de líderes capaces, y si en principio, para la elección de los nuevos cargos, el Senado se dejaba influir por la validez militar de los aspirantes, la realidad parece haber sido bastante más cruda; los magistrados eran elegidos por sus apoyos políticos más que por sus virtudes militares<sup>56</sup>. Así, la familia de Escipión, que era una de las más poderosas de Roma, tenía un apoyo popular mayor que el de muchos de sus oponentes, lo que le permitía controlar por aquellos años —como se puede ver por el propio Publio— el nombramiento de los ediles<sup>57</sup>.

---

<sup>53</sup> En opinión de J. Guillén, *Urbs Roma. Vida y costumbres de los romanos, III. Religión y ejército*, Salamanca 2001 (Salamanca 1994), 433-434, ni siquiera venía en calidad de procónsul. Véase también F. Cordente Vaquero, *Poliorecética Romana. 218 a. C.- 73 p. C.*, Madrid 1992, 389-390. Sobre la elección de Escipión, Broughton, 1986, 280; Richardson, 1986, 45-46; J. Cabrero Piquero, *Escipión el Africano. La forja de un Imperio Universal*, Madrid 2000, 67-70, etc.

<sup>54</sup> Sobre su participación en las batallas de Tesino, Trebia y Cannae, véase Y. Le Bohec, *Histoire Militaire des Guerres Puniques*, Mónaco 1996, 224-225. De hecho, estas batallas le convirtieron en un buen aprendiz de las tácticas de Aníbal, como argumenta A. Santosuosso, *Soldiers, Citizens, and the Symbols of War. From Classical Greece to Republican Rome, 500-167 B. C.*, Colorado-Oxford 1997, 184.

<sup>55</sup> H. Delbrück, *History of the Art of War within the Framework of Political History*, I, Wesport-London 1975 (or. al., Berlín 1900), 367. Además, en el 217 a. C. se había abolido la *lex Genucia* que prohibía la repetición del consulado en menos de 10 años (Liv. XXVII, 6, 7). Sobre Marcelo, véase Broughton, 1986, 248 y 255.

<sup>56</sup> Véase J. Briscoe, «The Second Punic War», en *CAH VIII*, Cambridge 1998, 68.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 73. Además, como advierte Goldsworthy, los romanos pensaban que muchas virtudes pasaban de padres a hijos, incluidas las militares. Por ello, no era extraño que los magistrados se preocupasen especialmente de ensalzar sus éxitos (Goldsworthy, 2002, 43-44).



Al peso político de la familia de Escipión, Mansfield añade dos argumentos a favor del nombramiento del nuevo comandante: el primero, que el Senado prefiriera un comandante más agresivo, y Escipión, un hombre joven que acababa de perder a su padre y a su tío, sin duda lo era<sup>58</sup>. Además, el Senado podía considerar que Nerón, un mando experimentado, podía ser mucho más necesario para conducir la guerra en Italia<sup>59</sup>. Estos argumentos provocan serias dudas a Scullard, quien, si bien admite que la escasez de líderes políticos suponía un serio problema, y acepta que la actitud estática de Nerón en anteriores campañas no respaldaba su candidatura como hombre ideal para lanzar la ofensiva<sup>60</sup>, se pregunta por qué, si Nerón era tan necesario en Roma, no ocupó ninguna alta magistratura hasta el año 207 a. C. Es cierto que llegó tarde a Roma para las elecciones del 209 a. C., pero bien pudo haber sido elegido para el consulado en el 208 a. C. en lugar de T. Quinctio Crispino<sup>61</sup>. Parece claro, en definitiva, que el nombramiento de Escipión como comandante de Hispania respondía más a motivos políticos que a razones estrictamente militares<sup>62</sup>, pudiéndose constatar la considerable oposición con que chocará Escipión pocos años después, siendo su éxito ya

---

<sup>58</sup> Sobre las cualidades de Escipión, B. Caven, *The Punic Wars*, London 1980, p. 200.

<sup>59</sup> Mansfield, 1976, 47-50.

<sup>60</sup> La actitud estática de Nerón no significa, en contra de lo que afirma J. M. Blázquez («Las guerras en Hispania y su importancia para la carrera militar de Aníbal, de Escipión el Africano, de Mario, de Cn. Pompeyo, de Sertorio, de Afranio, de Terencio Varrón, de Julio César y de Augusto», en *Aquila Legionis* 1, 2001, 40), que el nombramiento de Escipión respondiera a una situación desastrosa del ejército romano en *Hispania*. Al contrario, parece que Nerón dejó la zona bastante estabilizada.

<sup>61</sup> H. H. Scullard, *Roman Politics 220-150 B.C.*, Westport 1981, 66, n. 4. Crispino fue, al igual que Nerón, legado de M. Claudio Marcelo —el otro cónsul del 208 a. C. — en el año 213 a. C., precisamente sustituyendo a Nerón por voluntad del propio Marcelo (Liv. XXIV, 39, 12).

<sup>62</sup> Hallward, 1970, 84. Sobre los apoyos de Escipión para conseguir el mando, véase Scullard, 1981, 67-74. Sobre su nombramiento y el tratamiento que de él hace Livio, véase C. Castillo, «La personalidad de Escipión el Africano (Liv. XXVI-XXX)», en *Actas del VIII Congreso español de estudios clásicos (Madrid, 23-28 de noviembre de 1991)*, III, 1994, 125-131.

una realidad, cuando planifique la campaña de África<sup>63</sup>. Una vez más, los intereses particulares se imponían sobre los generales.

Fue quizás la juventud de Escipión la razón por la que el Senado decidió enviar como compañero de mando al experimentado M. Junio Silano. Se discute, sin embargo, si tenía un *imperius minus* con respecto a Escipión o si por el contrario se trataba de una *par potestas*<sup>64</sup>.

### Escipión en Hispania

Escipión desembarca en *Emporion* en el otoño del año 210 a. C., pero el relato de Livio presenta un desajuste cronológico, situando la caída de *Carthago Nova* en ese mismo año (210 a.C.). El origen de la confusión podría encontrarse, en opinión de Hallward, en un error del autor latino al comparar el año olímpico de Polibio con el año consular romano<sup>65</sup>. Sin embargo, el propio Livio es consciente de que su relato no coincide con el de otros historiadores, y explica el motivo por el que difiere del resto: “parece menos creíble que Escipión pasase un año entero en Hispania sin hacer nada”<sup>66</sup>. Por nuestra parte, hemos preferido seguir la fecha generalmente aceptada para la conquista de la ciudad púnica —el 209 a.C.<sup>67</sup>—, si bien autores tan cualificados como Lancel datan el episodio siguiendo la cronología de Livio<sup>68</sup>.

El joven comandante romano había llegado al mando de 10.000 infantes y 1.000 jinetes transportados a bordo de 30 quinquerremes<sup>69</sup>. Aunque no parece un número excesivamente grande de tropas, es una cifra que no deja de impresionar teniendo en cuenta el descomunal esfuerzo demográfico llevado

---

<sup>63</sup> Briscoe, 1998, 67-74

<sup>64</sup> Véase Liv. XXVIII, 28, 14; Walbank, *Com.*, X, 6, 7; Richardson, 1986, 46, n. 67 y 68; Cordente Vaquero, 1992, 389-390 y especialmente, Broughton, 1986, 280, n. 4.

<sup>65</sup> Hallward, 1970, 84, n. 3.

<sup>66</sup> Liv. XXVII, 7, 5.

<sup>67</sup> Véase, A. Schulten, 1935, 118; Walbank, *Com.*, 14-15 y X, 2, 1; De Sanctis, 1968, 440, n. 18.

<sup>68</sup> Lancel, 1997, 177 ss. (especialmente p. 183).

<sup>69</sup> Liv. XXVI, 19, 10-11. Las cifras de Apiano (*Iber.*, 18) no coinciden. Según su relato eran 10.000 infantes y 500 jinetes, así como 28 naves en lugar de 30. Sobre las tropas de Escipión, véase De Sanctis, 1968, p. 441, n. 21; Hallward, 1970, p. 84, n. 2.

a cabo por la metrópoli latina para sobreponerse a los desastres bélicos, haciendo uso incluso de ancianos, menores de edad, esclavos y presos<sup>70</sup>. Con ello, queda claro que los enormes recursos demográficos de Roma fueron fundamentales para la consecución de la victoria final<sup>71</sup>. Baste decir, para confirmar tal esfuerzo, que en el año 207 a. C. había ya cuatro legiones en *Hispania*<sup>72</sup>, aunque, como advierte Delbrück, seguramente se tratase de legiones con un número de efectivos inferior al habitual<sup>73</sup>.

Una vez desembarcadas, las tropas se dirigieron a *Tarraco* para pasar allí el invierno, estación durante la que Escipión comenzó a trabajar en su plan para el año siguiente y reforzó su posición estableciendo alianzas con las tribus de la zona. La situación era complicada; mientras que los romanos controlaban los territorios de la costa al norte del Ebro, los púnicos, divididos en tres ejércitos, ocupaban diferentes puntos del territorio peninsular. En palabras de Polibio: «Magón estaba más allá de la columna de Heracles, entre el pueblo llamado de los conios; Asdrúbal, hijo de Gescón, estaba en Lusitania, en la desembocadura del Tajo, y el segundo Asdrúbal asediaba una ciudad en la región de los carpetanos; los tres se encontraban a más de diez días de marcha de Cartagena»<sup>74</sup>. Una vez más, el relato de Livio no coincide con el de Polibio. Según el historiador latino, los púnicos estaban distribuidos de la siguiente manera: «Asdrúbal el de Giscón, hacia Cádiz, en el Océano; Magón, hacia el interior, concretamente al norte del macizo de Cástulo; Asdrúbal el hijo de Amílcar inverna cerca del Ebro, en las proximidades de Sagunto»<sup>75</sup>.

Al margen de los datos que señalamos anteriormente en favor del relato de Polibio, hay varios argumentos que contradicen la ubicación, en la versión de Livio, de uno de los tres ejércitos púnicos en las proximidades de Sagunto. En primer lugar, Polibio dice claramente, como hemos visto, que ninguno de los tres contingentes cartagineses se encontraba a menos de diez días de *Carthago Nova*. Por otra parte, si Asdrúbal hubiera estado realmente en las cercanías de Sagunto, como afirma Livio, Escipión difícilmente hubiera po-

<sup>70</sup> Liv. XXII, 57; Delbrück, 1975, 340-341 y 345-350.

<sup>71</sup> Sobre los recursos demográficos de Roma, Briscoe, 1998, 74. Sobre los efectivos púnicos y romanos en general, véase Gómez de Caso, 1996, 368-369.

<sup>72</sup> Liv. XXVII; 36, 12.

<sup>73</sup> Delbrück, 1975, 340-341.

<sup>74</sup> Pol. X, 7, 5.

<sup>75</sup> Liv. XXVI, 20, 6.

dido evitar el enfrentamiento en su marcha hacia el sur. Para finalizar, tenemos la cuestión de la propia Sagunto, ciudad que había sido conquistada por los romanos en el 212 a. C.<sup>76</sup>, sin mencionar ninguna fuente que los púnicos la recuperaran posteriormente. Al contrario, el relato de Livio parece confirmar que la ciudad permanecía fuera del alcance púnico<sup>77</sup>, y esto mismo es lo que podemos deducir gracias a la existencia de un epígrafe que conmemora la liberación de la ciudad y su devolución a los antiguos pobladores: *P. Scipioni cos. imp. ob restitutam Saguntum ex s. c. bello Punico secundo*<sup>78</sup>, inscripción que, en opinión de A. M. Canto, alude al padre del Africano<sup>79</sup>.

Desgraciadamente, las acciones bélicas llevadas a cabo durante la estancia de Nerón en la Península no contribuyen a aclarar la cuestión. Algunos autores, como Corzo Sánchez, sitúan el desarrollo de estas acciones al sur del Ebro<sup>80</sup>. Sin embargo otros, como Huss y Lancel, las desplazan al norte del río<sup>81</sup>, y si bien es cierto que los romanos habían perdido el control de los territorios al sur del Ebro, parece que los cartagineses tenían más urgencia por recuperar el control de las zonas mineras antes que iniciar otro costoso asedio sobre Sagunto, cuya posesión en ningún caso era una prioridad en ese momento.

¿A qué se debe la dispersión de las tropas púnicas? Tanto Polibio como Livio la atribuyen a la excesiva rivalidad que había entre los generales cartagineses<sup>82</sup>, y ésta es, de hecho, la postura que siguen algunos autores modernos, como Scullard, quien incluso establece paralelismos con el fracaso de Napoleón en España<sup>83</sup>. En realidad, opinamos, al igual que Barceló<sup>84</sup>, que no

---

<sup>76</sup> Sobre la conquista de Sagunto y su devolución a sus antiguos pobladores, De Sanctis, 1968, 237, n. 76; Hallward, 1970, 70; Corzo Sánchez, 1975, 220; Richardson, 1986, 46.

<sup>77</sup> Liv. XXVIII, 39, 3-10. Sobre ello, Schulten, 1935, 100; Hallward, 1970, 83, n. 1; Corzo Sánchez, 1975, 229-230.

<sup>78</sup> *CIL* II, 3836.

<sup>79</sup> Canto, 1999, 129, n. 11.

<sup>80</sup> Corzo Sánchez, 1975, 229-230.

<sup>81</sup> W. Huss, *Los Cartagineses*, Madrid, 1993 (or. al., München 1990), 251; Lancel, 1997, 175. También, por ejemplo, en M. A. Mira Guardiola, *Cartago y Roma. Las Guerras Púnicas*, Madrid 2000, p. 199.

<sup>82</sup> Pol. IX, 11, 2; X, 7, 3; Liv. XXVI, 41, 20.

<sup>83</sup> H. H. Scullard, *Scipio Africanus. Soldier and Politician*, London 1970, 40-45. También, por ejemplo, N. Bagnall, *The Punic Wars 264-146 BC*, Oxford 2002, 56.

existen razones de peso para creer semejante afirmación. Se han buscado otro tipo de explicaciones, como la dificultad que hubiera supuesto abastecer a los tres ejércitos si éstos hubieran permanecido unidos<sup>85</sup>, pero nos parecen motivos de mayor peso los señalados por Corzo Sánchez y Cordente Vaquero, es decir, tanto la necesidad de controlar las zonas mineras<sup>86</sup>, cuya permanencia en manos púnicas había peligrado en algunos casos como resultado de las incursiones romanas, como la considerable extensión del territorio a controlar<sup>87</sup>, habitado además por poblaciones de inestable fidelidad.

Sea como fuere, los cartagineses cometieron un error fatal dejando la zona levantina totalmente desprotegida. Con Asdrúbal en la Carpetania, cerrando el paso hacia la actual Andalucía, Escipión fijó su atención en *Carthago Nova*, cuyo control «permite dominar por completo la vía costera hasta la zona de Almería, y abre un posible camino meridional para penetrar en la Bética, que aunque no parece utilizarse, garantiza otra posibilidad de retirada y hace poco probable un ataque desde este sector»<sup>88</sup>. Además, era allí donde los cartagineses retenían los rehenes a través de los cuales mantenían el control sobre muchos pueblos indígenas<sup>89</sup>.

Seguramente los mandos púnicos no esperaban la maniobra de Escipión<sup>90</sup>, una auténtica novedad, puesto que lo normal hubiera sido ir en busca de uno de los tres ejércitos púnicos y presentar batalla<sup>91</sup>. El propio Polibio menciona la posibilidad de avanzar hacia uno de los tres ejércitos con la garantía de que ninguno de ellos podría pedir auxilio<sup>92</sup>, pero Escipión ni siquiera podía estar seguro de que los cartagineses fueran a presentar batalla, y mucho menos podía arriesgarse a sufrir una nueva derrota de la que sus tropas difícilmente se recuperarían<sup>93</sup>. Por otra parte, aunque los cartagineses intuyeran la remota posibilidad de que su base pudiera sufrir un ataque, confiaban sin duda en

---

<sup>84</sup> P. Barceló, *Anibal de Cartago. Un proyecto alternativo a la formación del Imperio Romano*, Madrid 2001, 172.

<sup>85</sup> Goldsworthy, 2002, 317.

<sup>86</sup> Corzo Sánchez, 1975, 230.

<sup>87</sup> Cordente Vaquero, 1992, 390.

<sup>88</sup> Corzo Sánchez, 1975, 230. Véase también Caven, 1980, 195.

<sup>89</sup> Scullard, 1970, 46-47.

<sup>90</sup> Véase, por ejemplo, Cottrell, 1992, 188.

<sup>91</sup> Cottrell, 1992, 188.

<sup>92</sup> Pol. X, 7, 6-7.

<sup>93</sup> Estos argumentos en Scullard, 1970, 45 y Goldsworthy, 2002, 320.

que sus potentes murallas aguantarían, al menos, hasta que pudieran acudir en su ayuda<sup>94</sup>.

Polibio hace un estupendo análisis de las razones que llevaron a Escipión a lanzar el ataque sobre la ciudad púnica:

«Sabía, en cambio, que la ciudad de Cartagena, que ya he citado, era útil al enemigo y que, precisamente en la guerra de entonces, perjudicaba mucho a los romanos. Durante el invierno había reunido informaciones de gente que conocía bien sus peculiaridades, Lo primero que supo fue que era prácticamente la única ciudad de España dotada de un puerto capaz de albergar una flota, es decir, fuerzas navales; averiguó además, que su situación era excepcionalmente favorable para los cartagineses, para sus navegaciones desde el África y sus travesías por mar. En segundo lugar se enteró de que los cartagineses guardaban en este sitio prácticamente todos sus fondos y los bagajes de sus ejércitos, además de sus rehenes procedentes de toda España. Lo más importante era que hombres verdaderamente expertos en la guerra allí había sólo mil como guarnición de la ciudadela, porque jamás nadie llegó a sospechar que hubiera quien planeara asediar la plaza, dominando, como dominaban, prácticamente, los cartagineses toda España. Le informaron de que había allí un gran número de hombres, pero que eran artesanos, obreros o marineros, sin ninguna experiencia bélica. Supuso que esto, más bien, embarazaría a la ciudad en caso de una aparición inesperada»<sup>95</sup>.

Es evidente que Escipión estaba muy bien informado, pero hay disparidad de opiniones acerca de cómo conseguía la información. Beltrán, por ejemplo, cree que la consiguió a través de prisioneros<sup>96</sup>, extremo éste difícil de confirmar, aunque no faltan ejemplos de ello<sup>97</sup>. Por otra parte, si bien los servicios de inteligencia de los romanos eran bastante limitados en este momento<sup>98</sup>, parece que se percataron de su importancia a través de las dolorosas

---

<sup>94</sup> Cottrell, 1992, 188-189.

<sup>95</sup> Pol. X, 8, 1-5. Véanse también Liv. XXVI, 43, 3-8 y App. *Iber.*, 19.

<sup>96</sup> A. Beltrán, «La conquista de Cartagena por Escipión», *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, XXI, 1946, 101.

<sup>97</sup> Véase, por ejemplo Goldsworthy, *The Roman Army at War: 100 BC-AD 200*, Oxford 1998, 126.

<sup>98</sup> Goldsworthy, 2002, 60-61.

lecciones que Aníbal les impartió<sup>99</sup>. Sin olvidarnos de las pruebas que nos dan las fuentes sobre la existencia de espías en la Antigüedad<sup>100</sup>. Aunque, para el episodio que nos ocupa, debemos otorgar una especial relevancia a los informadores indígenas<sup>101</sup>, máxime cuando, como tendremos ocasión de ver más detenidamente, los detalles más importantes para la operación llegaron a través de unos pescadores.

Pese a toda la información que tenía el comandante romano, no se puede negar lo arriesgado del plan; el asalto no ofrecía garantías de éxito y sus tropas no disponían de tiempo para organizar un asedio en toda regla. Unos riesgos que Escipión estaba dispuesto a asumir y que intentó minimizar mediante la elaboración, durante el invierno de 210-209 a. C., de una de cuidadosa estrategia que, al parecer —ya lo vimos anteriormente—, el propio Polibio pudo consultar<sup>102</sup>.

### La marcha sobre *Carthago Nova*

En la primavera del 209 a. C., Escipión partió de *Tarraco* en dirección a *Carthago Nova*. Mientras que las tropas a su mando marchaban por tierra, la flota, al mando de Lelio, lo hacía por mar. Únicamente el comandante de la flota conocía las verdaderas intenciones de Escipión<sup>103</sup>, cuyo objetivo era llegar a la par a la base púnica a fin de iniciar el asedio conjuntamente<sup>104</sup>. En opinión de algunos historiadores, la flota podría servir, además, para evacuar a las tropas en caso de peligro<sup>105</sup>.

---

<sup>99</sup> N. J. E. Austin y N. B. Rankov, *Exploratio. Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic World to the Battle of Adrianople*, London-New York 1995, 10.

<sup>100</sup> Por ejemplo Pol. XV, 5, 4-7; Polyae. *Strat.*, VIII, 16, 8. Liv. XXII, 33, 1.

<sup>101</sup> Véase, Gracia Alonso, 2003, 160-161.

<sup>102</sup> Véase n. 2.

<sup>103</sup> Sobre la importancia del secretismo en las operaciones militares, Pol. IX, 13, 1-5. Tenemos un ejemplo parecido en Polyae. *Strat.*, V, 10, 2: Himilcón entrega unas tablillas a los timoneles fijando el punto donde debían reunirse en caso de que se dispersaran en el mar.

<sup>104</sup> Pol. X, 9, 4-5; Liv. XXVI, 42; App. *Iber.*, 20.

<sup>105</sup> Scullard, 1970, 46; C. H. Lidell Hart, *Escipión el Africano. Un hombre más grande que Napoleón*, Buenos Aires 1974 (or. ingl., Londres 1926), 42; Cordente Vaquero, 1992, 394.

Llegados a este punto, nos enfrentamos a un gran problema; Polibio y Livio afirman que la marcha hasta *Carthago Nova* duró siete días<sup>106</sup>, algo que, suponiendo que se iniciara en el Ebro, como afirma Livio<sup>107</sup>, sería del todo imposible. Bajo ningún concepto se puede mantener que la distancia que separa ambos puntos geográficos —cerca de 480 Km<sup>108</sup>— pudo ser recorrida en tan breve espacio de tiempo. Se han manejado varias hipótesis como solución a esta cuestión. Por un lado, están aquellos historiadores que toman como punto de partida una corriente fluvial distinta del Ebro, ya sea el Júcar o el Segura. Por otro lado, aquellos que atribuyen la exageración a un error en las fuentes o a los copistas de ellas, bien porque se hubiera suprimido una etapa, es decir, que en realidad fueran ocho los días invertidos en la marcha, bien porque, en lugar de siete, fueran diecisiete los días invertidos realmente en la marcha. Por último, están aquellos que toman Sagunto como punto de partida, hipótesis que, como vamos a argumentar a continuación, creemos más acertada<sup>109</sup>.

Según Carcopino<sup>110</sup>, el río *Iber* del que hablan las fuentes en referencia al tratado romano-púnico del 226 a. C., estaba en realidad al sur del actual Ebro. Con ello, la ciudad de Sagunto quedaría al norte del río y los cartagineses pasarían a ser los responsables de la guerra. No nos podemos parar aquí a valorar las consideraciones sobre las causas de la guerra, sin embargo, si pensáramos que el río *Iber* citado en el mencionado tratado es en realidad el Júcar, deberíamos también admitir que es el río del que hablan Polibio y Livio cuando narran la marcha de Escipión sobre *Carthago Nova*. La distancia que separa ambos puntos es de unos 220 Km., es decir, una media de 32 Km. al día, una distancia asequible para un ejército bien entrenado. Por desgracia, no parece que ésta sea la solución. Muchos son los autores que se han opuesto a la teoría del Júcar<sup>111</sup>, entre ellos Díaz Tejera<sup>112</sup>, quien advierte que

<sup>106</sup> Pol. X, 9, 7; Liv. XXVI, 42, 6.

<sup>107</sup> Liv. XXVI, 42, 6.

<sup>108</sup> Por ejemplo, 462 Km. en De Sanctis, 1968, 78 y 450, n. 35.

<sup>109</sup> Sobre la discusión en general véase especialmente Walbank, *Com.*, X, 9, 7.

<sup>110</sup> J. Carcopino, «Le traité d'Hasdrubal et la responsabilité de la deuxième guerre púnique», en *REA* 55, 1953, 258-293.

<sup>111</sup> Por ejemplo, C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores interno*, Madrid, 1983, 423, n. 115; *Idem*, «Sagunto y la cuestión de las responsabilidades», en *Hannibal Pyrenaeum Transgreditur. XXII Centenari del Pas d'Annibal pel*



únicamente Apiano muestra el error de forma explícita<sup>113</sup>. Curiosamente, el propio Apiano dice que el Ebro está «a una distancia de unos cinco días de viaje desde los Pirineos»<sup>114</sup>, lo que se acerca bastante a la realidad y contradice su propia versión, bastante imprecisa por cierto.

Siguiendo con el análisis de Díaz Tejera, llegamos a Polibio, quien cita Sagunto en seis ocasiones, situando en tres de ellas la ciudad ibera claramente al sur del Ebro<sup>115</sup>. Además, el autor griego —que tuvo oportunidad de visitar la Península Ibérica<sup>116</sup>— demuestra saber perfectamente a qué distancia del Ebro se encontraba *Carthago Nova* cuando señala que «desde esta ciudad (Cartagena) hasta el río Ebro hay dos mil estadios —poco más de 460 Km.—, y desde este río hasta Ampurias mil seiscientos estadios»<sup>117</sup>. Barceló piensa que Polibio podría estar hablando del río Segura<sup>118</sup>, pero, como en el caso de Carcopino, Barceló se está refiriendo al *Iber* que aparece en el Tratado del 226 a. C, e insistimos, lo lógico es pensar que Polibio está hablando siempre del mismo río. Así, echamos mano de nuevo a los argumentos utilizados en el caso del Júcar, añadiendo además un dato a nuestro juicio bastante significativo: el Segura dista de Cartagena unos 60km, con lo que la

---

*Pirineu 218 a. J. C.-1982 d. J. C.* 5 Col.loqui Internacional D'Arqueologia de Puigcerdá, Puigcerdá 1984, 191-192; B. Scardigli, *I Trattati Romano-Cartaginesi*, Pisa 1991, 278-279; Hoyos, 1998, 162-163. Un reciente análisis en L. Sánchez González, *La Segunda Guerra Púnica en Valencia. Problemas de un casus belli*, Valencia 2000, 224-237.

<sup>112</sup> A. Díaz Tejera, *El tratado del Ebro y el origen de la Segunda Guerra Púnica*, Sevilla 1996, 45-49.

<sup>113</sup> App. *Iber.*, 7 y 10; *Hann.*, 3. Además, Apiano incluye erróneamente Sagunto entre las colonias griegas e incluso la confunde con *Carthago Nova* (*Iber*, 75).

<sup>114</sup> App. *Iber*, 6.

<sup>115</sup> Pol. III, 14, 9; 97, 5-6 y 98, 5. En otras dos ocasiones no especifica (II, 13, 7 y III, 15, 5), y por último, está el oscuro texto (III, 30, 3) que tanta controversia ha provocado sobre la ruptura del Tratado del Ebro, pero que no demuestra que Sagunto estuviera al norte del río.

<sup>116</sup> Nos ocuparemos de ello cuando hablemos de su visita a *Carthago Nova*. En general, sobre los viajes de Polibio, véase Glover, 1970, 9-13.

<sup>117</sup> Pol. III, 39, 7.

<sup>118</sup> P. Barceló, «Beobachtungen zur Entstehung der Barkidischen Herrschaft in Hispanien», *Punic Wars*, Leuven (Belgium) 1989, 178-182; *Idem*, «Relaciones entre los Bárquidas y Roma antes del inicio de la Segunda Guerra Púnica», en *El mundo púnico. Historia, Sociedad y cultura (Cartagena, 17-19 de noviembre de 1990)*, Murcia 1994, 25-29; *Idem*, 2001, 65-73.

media de avance de las tropas de Escipión estaría por debajo de los 10 Km. al día, algo totalmente inadmisibles y que no concuerda con la celeridad que sugieren las fuentes para la marcha de Escipión<sup>119</sup>.

De Sanctis menciona la posibilidad de que Polibio hubiera suprimido una etapa, en cuyo caso tendríamos que contar, en realidad, a partir del Júcar<sup>120</sup>. Pero no encontramos prueba alguna para sostener tal afirmación. Al contrario, resultaría difícil explicar por qué Polibio, que además conocía perfectamente la estrategia militar<sup>121</sup>, habría suprimido de forma intencionada una etapa<sup>122</sup>.

La siguiente hipótesis, que debemos a Kahrstedt<sup>123</sup>, sostiene que en lugar de siete fueron diecisiete los días invertidos, atribuyéndose el error a alguno de los copistas de Polibio<sup>124</sup>. Esto es harto dudoso, puesto que Polibio expresa las cifras en letras, no en números<sup>125</sup>, y el texto de Livio, que dice claramente «*septimo die*»<sup>126</sup>, ratifica los siete días de Polibio. Por otro lado, si fueran diecisiete los días invertidos, la velocidad de marcha se reduciría a 28,2 Km. al día, alejándose de lo que podría considerarse una media alta<sup>127</sup>. Finalmente, como ya hemos mencionado anteriormente, Polibio dice que ningún ejército púnico estaba a menos de diez días de marcha de *Carthago*

---

<sup>119</sup> Baste decir que el propio Barceló estima, para las fuerzas de Aníbal, una velocidad media de marcha de 20 Km. al día (Barceló, 2001, 103).

<sup>120</sup> De Sanctis, 1968, 450, n. 35.

<sup>121</sup> Fue discípulo de Filopemen, militar consumado (Pol. II, 67-69; II, 40, 6; X, 22, 6); ocupó el puesto de hiparco en el 170 a. C. (aunque quizás por motivos más políticos que militares); escribió un tratado sobre tácticas que por desgracia se ha perdido (Pol. IX; 20 y XXVIII, 6, 8-9; Glover, 1970, 6-7), y no olvidemos que durante la III Guerra Púnica fue solicitado por Roma como experto militar y acompañó a Escipión Emiliano. Sobre ello, Díaz Tejera, 1981, 13.

<sup>122</sup> En contra de De Sanctis, véanse Beltrán, 1946, 103; *Idem*, «Nueva interpretación de los textos sobre la conquista de Cartagena por Escipión», *Saitabi*, Tomo V, año VII, 25-26, 1947, 136; Cordente Vaquero, 1992, 400.

<sup>123</sup> U. Kahrstedt, *Geschichte der Karthager*, vol. III, Berlín 1913, 143.

<sup>124</sup> Sobre ello, por ejemplo Beltrán, 1947, 136; Walbank, *Com.*, X, 9, 7; Cordente Vaquero, 1992, 399-400.

<sup>125</sup> De Sanctis, 1968, 450, n. 35; Beltrán, 1947, 136; Cordente Vaquero, 1992, 399-400.

<sup>126</sup> Véase n. 106.

<sup>127</sup> Cordente Vaquero, 1992, 399-400.

*Nova*<sup>128</sup>. Ciertamente, si Escipión hubiera tardado diecisiete días en alcanzar la base cartaginesa, los púnicos habrían tenido tiempo más que de sobra para interceptar a las tropas romanas.

Schulten pensó que los siete días contaban desde Sagunto<sup>129</sup>, y ésta es, en nuestra opinión, la solución más convincente. Si revisamos el texto del autor griego, vemos que no dice, en ningún momento, que la marcha se iniciase en el río Ebro. En realidad dice: «Llegó al lugar en siete días y puso su campamento en las afueras, al lado norte de la ciudad»<sup>130</sup>, pero no especifica un punto concreto. De hecho, la última referencia geográfica que tenemos en su relato antes de la marcha a *Carthago Nova* es: «Con estas palabras dejó a Silano, su lugarteniente, con tres mil soldados de infantería y quinientos jinetes, para que patrullaran por los lugares por donde se había hecho la travesía y vigilaran los aliados de acá del río; él hizo pasar a las fuerzas restantes sin dejar prever sus intenciones»<sup>131</sup>. Poco después, Polibio nos dice que Escipión «dio secretamente órdenes de navegar hacia la ciudad citada al almirante de la escuadra, Cayo Lelio, que era el único que conocía los planes, como se indicó más arriba; él tomó las fuerzas de infantería e hizo la marcha muy rápidamente»<sup>132</sup>. Continuando con el texto de Polibio, entendemos que Lelio y Escipión separaron sus fuerzas tras haber cruzado el Ebro, cuando sería más razonable que Lelio hubiese partido directamente desde *Tarraco*. Puesto que pasaron juntos el Ebro, lo lógico es que hubieran llegado a un puerto seguro, por ejemplo Sagunto, ciudad hasta la que se podían mover perfectamente sin levantar las sospechas de los púnicos ante el inminente ataque a *Carthago Nova*.

---

<sup>128</sup> Véase n. 74.

<sup>129</sup> Schulten, 1935, 100. Se inclinan por ello, por ejemplo Beltrán, 1946, 104; 1947, 136 y Cordente Vaquero, 1992, 400-401. Otros, como Cabrero Piquero (2000, 75), lo aceptan sin reservas. Véase también Hallward, 1970, 85, n. 3.

<sup>130</sup> Pol. X, 9, 7.

<sup>131</sup> Pol. X, 6, 7; Liv. XXVI, 42, 1, dice que son 300 los jinetes. Tal vez influyó en su decisión de dejar a Silano al norte con una guarnición el temor de que pudiera ocasionarle algún problema como colega al mando de las operaciones. En este sentido, la debilidad causada por el poder militar compartido en las magistraturas más altas de Roma se puso de manifiesto en más de una ocasión (A. Goldsworthy, *Cannae*, London 2001, 49; *idem*, 2002, 55-56).

<sup>132</sup> Pol. X, 9, 4-6.

Livio, por el contrario, sí menciona el Ebro. El autor latino dice: «*septimo die ab Hiberno Carthaginem uentum est simul terra marique*»<sup>133</sup>; pero su relato presenta múltiples errores geográficos, mientras que el de Polibio, salvo errores muy puntuales, destaca por su exactitud, como ya hemos tenido ocasión de comprobar anteriormente<sup>134</sup>. Es por tanto difícil pensar que Polibio cometiera semejante error. Nos inclinamos, en definitiva, por la hipótesis que establece el inicio de la marcha en Sagunto, ciudad que, como ya hemos visto, no había sido reconquistada por los cartagineses, pudiendo ser utilizada como base logística por los romanos. Aceptando, por tanto, que la marcha se iniciase en Sagunto, la distancia a recorrer sería de unos 280-300 Km., lo que nos daría una media, como anteriormente señalamos, de unos 40-42 Km. al día, una cifra sin duda bastante alta, pero no inalcanzable<sup>135</sup>, como podemos constatar, por ejemplo, gracias a la obra de Vegecio<sup>136</sup>.

¿Es realmente posible que semejante contingente pudiera recorrer esta distancia durante siete días seguidos? Un indicio de la rapidez de marcha es el hincapié que hacen los autores clásicos en la celeridad con que actuaron los romanos, lo que nos lleva a pensar que la velocidad de marcha fue sensiblemente superior a la habitual. Algunas pistas nos las ofrecen las propias fuentes clásicas. Heródoto, por ejemplo, dice que la distancia que puede recorrer un caminante —en principio sin carga y por caminos bien establecidos— es de 200 estadios (35,5 Km. aprox.) al día<sup>137</sup>. Es evidente que en el caso que nos ocupa no hablamos de un caminante, sino de un ejército entrenado para desplazarse con rapidez. En este sentido, podemos encontrar referencias para el propio ejército romano. Un excelente ejemplo es el de la marcha relámpago de las tropas de Escipión Emiliano hacia la ciudad de Lutia,

---

<sup>133</sup> Liv. XXVI, 42, 6.

<sup>134</sup> Véase n. 117.

<sup>135</sup> Una media de 5 Km. a la hora que, en opinión de Cordente Vaquero, encaja perfectamente con el reglamento militar romano (1992, 400-401). J. Peddie, *The Roman War Machine*, Gloucestershire, 1997a (1994), 48, n. 10, establece entre 3 y 3 ½ millas por hora (entre 4,8 y 5,6 Km.), con 10 minutos de descanso. Respecto a las horas de marcha, véase D. Proctor, *Hannibal's March in History*, Oxford, 1971, 31-32.

<sup>136</sup> Veg. *Mil.*, I, 9.

<sup>137</sup> Hdt. IV, 101, 3. Sobre esto, véase Proctor, 1971, 30. El propio Herodoto (VIII, 51) cuenta que los persas recorrieron la distancia que separa el Helesponto del Ática —cerca de 800 Km.— en tres meses.

cubriendo en un día los 300 estadios (55 Km.) que según Apiano la separaban de Numancia<sup>138</sup>. No era extraño que se forzara a las tropas a marchar día y noche —aunque no parece que fuera necesario en esta ocasión—, algo de lo que tenemos evidencias gracias a César<sup>139</sup>, cuyas tropas destacaban por la rapidez con que se movían. Los estudios que se han hecho en torno a sus campañas han permitido calcular una velocidad media de 20 Km. al día<sup>140</sup>, velocidad idéntica a la que algunos investigadores han calculado para las tropas de Aníbal<sup>141</sup>. También la Arqueología experimental nos ofrece algunos ejemplos, habiéndose cubierto, con el equipo de un legionario del siglo I d. C. distancias de 82 Km. en dos días y 160 Km. en cuatro días respectivamente<sup>142</sup>.

<sup>138</sup> App. Iber., 94: «había sin embargo una ciudad rica, Lutia, distante de los numantinos unos trescientos estadios, cuyos jóvenes simpatizaban vivamente con la causa numantina e instaban a su ciudad a concertar una alianza, pero los de más edad comunicaron este hecho, a ocultas, a Escipión. Éste, al recibir la noticia alrededor de la hora octava, se puso en marcha de inmediato con lo mejor de sus tropas ligeras y, al amanecer, rodeando Lutia con sus tropas, exigió a los cabecillas de los jóvenes». Queda claro que en este caso Escipión Emiliano utilizó las tropas ligeras y que, desde luego, era una marcha de un sólo día, con lo que las tropas se podían esforzar al máximo.

<sup>139</sup> Caes. B. Gall., VII, 56, 3, «Así pues, forzando mucho la marcha día y noche, llegó al Loira antes de lo que nadie pensaba».

<sup>140</sup> Proctor, 1971, 31. Algunos ejemplos de la velocidad con que se movían las tropas de César en M. Junkelmann, *Die Legionem des Augustus. Der römische Soldat im archäologischen Experiment*, Mainz am Rheim 1994 (Mainz 1986), 233-234.

<sup>141</sup> De Sanctis, 1968, 78 y Barceló, 2001, 103, calculan un promedio de 20 Km. diarios incluyendo los días de descanso. Coincide Proctor, 1971, 27-34, si bien habla de campo abierto y sin ser hostigado por el enemigo. Otros la elevan, como A. Oliver Foix, «Evidence of the Second Punic War in Iberian Settlements South of Ebro», en *Punic Wars*, Leuven (Belgium) 1989, 208. Tampoco falta quien la reduce por debajo de los 10 Km. al día, teniendo en cuenta, eso sí, el tiempo destinado a todo tipo de tareas (Prevas, 2001, 140-141).

<sup>142</sup> D. Atkinson y L. Morgan, «The Wellingborough and Nijmegen Marches», en *Roman Military Equipment. The Accoutrements of War. Proceedings of the Third Roman Military Equipment Research Seminar*, Oxford 1987, 99. Sobre las marchas romanas, véase también Proctor, 1971, 31-32 y especialmente Junkelmann, 1994, 233 ss.

Curiosamente, el argumento más importante lo obtenemos precisamente de nuestras dos fuentes principales: Polibio y Livio. Dice el autor heleno, hablando de una marcha iniciada en *Carthago Nova* por el propio Escipión al frente de sus tropas, que: «Al cabo de diez días alcanzó el río Ebro y acampó delante del enemigo luego de cuatro jornadas más de camino»<sup>143</sup>. Livio, refiriéndose al mismo episodio, afirma que: «Después de este discurso los despidió mandándoles prepararse para salir al día siguiente; emprendida la marcha, en diez jornadas llegó al río Ebro»<sup>144</sup>. Estos diez días empleados en la marcha *Carthago Nova*-Ebro encajan perfectamente con lo hemos venido sugiriendo: la marcha de siete días se inició probablemente en Sagunto.

Por desgracia, no conocemos la ruta que siguieron las tropas de Escipión en su avance, pero, al igual que Aníbal cuando hizo la marcha inversa —de *Carthago Nova* a Sagunto—, es más que probable que utilizaran, al menos en parte del trayecto, la ruta ibérica que durante la dominación romana pasó a denominarse *Vía Augusta*<sup>145</sup>. Sería razonable, por tanto, que algunas de las alianzas que buscó Escipión respondieran a su intención de utilizar esta vía<sup>146</sup>. No podemos olvidar además el significativo precedente de Asdrúbal, cuyas tropas hicieron la marcha inversa, viajando flota y tropas de tierra de forma paralela<sup>147</sup>.

Continuando con la marcha, sería interesante determinar el número de hombres con que contaba Escipión, reconociendo, eso sí, la dificultad de alcanzar unos resultados satisfactorios. Casi todos los autores se limitan a sumar los 25.000 infantes y 2.500 jinetes que cruzan el Ebro a los 3.000 infantes y 500 jinetes —300 según Livio— que permanecen con Silano al norte

---

<sup>143</sup> Pol. XI, 32, 1.

<sup>144</sup> Liv. XXVIII, 33, 1.

<sup>145</sup> Barceló, 2001, 102-103.

<sup>146</sup> En opinión de Blázquez, «*La alianza que estableció P. Cornelio con Edecón, rey de los edetanos, tenía como finalidad utilizar sin dificultades la vía que atravesaba ese territorio por la vía costera*» (J. M. Blázquez, «Las calzadas. Arterias de la guerra en la Hispania Romana republicana», en A. Morillo Cerdán (Coord), *Arqueología militar romana en Hispania*, Anejos de *Gladius* 5, Madrid 2002, 495). Sobre la importancia de la vía Tarragona-Valencia-Córdoba o *Camino de Aníbal*, véase, P. Sillières, «Voies romaines et contrôle de l'Hispanie à l'époque républicaine: l'exemple de l'Espagne ultérieure», en *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Salamanca 2003, p. 29.

<sup>147</sup> Pol. III, 95, 2 ss.; Liv. XXII, 19.

del río<sup>148</sup>. Sin entrar en conjeturas con las que nada resolveremos, parece una cifra bastante aceptable; si sumamos los 10.000 infantes que llegan con Escipión a los 12.000 que lo hicieron con Nerón, obtenemos un total de 22.000 infantes, resolviendo que los supervivientes del contingente de Publio y Cneo habrían sido unos 6.000<sup>149</sup>. A las tropas romanas habría quizá que añadir 5.000 hispanos<sup>150</sup>, si bien no parece que el comandante romano, tras la traición que habían sufrido su padre y su tío, confiara demasiado en ellos.

Semejante número de soldados debería necesitar una enorme cantidad de bagajes, punto éste muy a tener muy en cuenta. El transporte de la *impedimenta* suponía un auténtico lastre para la marcha de las tropas<sup>151</sup>. Las reconstrucciones modernas del armamento romano han permitido calcular que el equipo de combate de un legionario —casco, coraza<sup>152</sup>, escudo<sup>153</sup>, espada, daga y *pilum*— pesaba entre 18 Kg. y 26,4Kg<sup>154</sup>. Además, debemos pensar

<sup>148</sup> Pol. X, 6, 7; 9, 6; Liv. XXVI, 42, 1.

<sup>149</sup> Sobre los supervivientes a las derrotas de los hermanos Escipión, J. J. Ferrer Maestro, «El Ejército Romano en Hispania durante la Guerra Anibálica: mantenimiento y financiación (217-206 a.C.)», en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LXVIII-IV, 1992, 501, calcula unos 5.000 infantes y 250 jinetes, mientras que Peddie, 1997b, 157, considera que no debieron de sobrevivir más de 8.000 infantes y 1.000 jinetes. Además, es muy posible que, como apunta Hallward (1970, 83), hubieran dejado algunas tropas como guarnición en Ampurias o *Tarraco*.

<sup>150</sup> Liv. XXVI, 41, 1-2. La política cartaginesa estaba provocando la desconfianza de sus aliados indígenas y su paso a las tropas romanas. En este sentido, véase Pol. IX, 11; Gracia Alonso, 2003, 158.

<sup>151</sup> Véase, por ejemplo, Peddie, 1997a, 42-58.

<sup>152</sup> En época de Polibio, los legionarios llevaban generalmente un pectoral de cuero al que en ocasiones se acoplaba una placa de bronce. Las cotas de malla o de escamas, así como las grebas, sólo formaban parte de la panoplia de los más pudientes. Sobre ello, Pol. VI, 23, 14-15; Guillén, 2001, 444-445 y especialmente, M. C. Bishop & J. C. N. Coulston, *Roman Military Equipment. From the Punic Wars to the fall of Rome*, London 1993, 59-60; P. Connolly, *Greece and Rome at War*, London 1998 (London 1981), 131-133.

<sup>153</sup> Sobre el *scutum*, Pol. VI, 23, 2-5; Bishop & Coulston, 1993, 58-59; Connolly, 1998, 131; A. R. Menéndez Argüín, *Las legiones del s. III d. C. en el campo de batalla*, Écija 2000, 118 ss.; A. Goldsworthy, *The Complete Roman Army*, London 2003, 129-131.

<sup>154</sup> Aunque estos cálculos están hechos para momentos posteriores. Por ejemplo, 24, 9 kg. en Atkinson y Morgan, 1987, 105 y 26,4Kg. en Junkelmann, 1994, 197. Un análisis sobre ello en Menéndez Argüín, 2000, 55-56.

que las tropas de Escipión cargaban con su propio alimento; el comandante romano no podía confiar únicamente en la posibilidad de abastecerse sobre el terreno y mucho menos en hacerlo con las provisiones que se almacenaban en *Carthago Nova*, ciudad que tal vez no pudiera conquistar. En este sentido, sabemos que los soldados debían transportar alimento para cierto número de días. Polibio nos dice que los legionarios recibían mensualmente una cantidad de trigo equivalente a “dos terceras partes de un medimno ático”<sup>155</sup>, siendo lo habitual que la intendencia repartiera el grano cada cierto número de días —ocho según César<sup>156</sup>—, portando cada soldado esas provisiones hasta el siguiente reparto<sup>157</sup>. A ello, habría que sumar el alimento tanto de los caballos, como de los animales de carga —suponiendo que los hubiera—<sup>158</sup>, sin olvidarnos de un elemento de vital importancia: el agua<sup>159</sup>. En definitiva, el peso con el que tenía que cargar un legionario oscilaría entre los 40,8 Kg. y los 54,8 Kg.<sup>160</sup>, peso que tenía que influir necesariamente en la velocidad que podía alcanzar la columna.

No faltan quienes sugieren la posibilidad de que el bagaje hubiera sido transportado por la flota de Lelio, permitiendo alcanzar, con ello, una mayor velocidad de marcha a las tropas terrestres<sup>161</sup>. Podríamos ir más allá y pensar que incluso las tropas fueron transportadas por la flota. Los riesgos de una operación así son evidentes, y los mandos romanos tenían muy presentes las

---

<sup>155</sup> Pol. VI, 39, 13. Unos 865 gr. por hombre y día. Sobre ello, Gracia Alonso, 2003, 145, n. 88; Ferrer Maestro, 1992, 502.

<sup>156</sup> Caes. *B.Civ.* I, LXXVIII.

<sup>157</sup> Junkelmann, 1994, 199, establece el peso de los alimentos para tres días en 3, 7 Kg. Sobre el reparto de trigo, Guillén, 2001, 548. Un análisis sobre la logística en Goldsworthy, 1998, 287-296 y, en general, sobre el consumo de víveres en el ejército romano, Gracia Alonso, 2003, 145-146 y 278-279; Y. Le Bohec, *El ejército romano. Instrumento para la conquista de un imperio*, Barcelona 2004 (or. fr. Paris 1989), 303.

<sup>158</sup> Sobre la dificultad para alimentar a los animales, véase Peddie, 1997a, 52.

<sup>159</sup> Atkinson y Morgan, 1985, 101-102, se llegan a perder, durante una marcha de unos 42 Km. y con una temperatura de 21,1°C., 3,1 Kg. de peso corporal, siendo recomendable beber unos 2, 3 litros de agua por día de marcha.

<sup>160</sup> E. Peralta Labrador, «Los campamentos romanos de campaña (*castra aestiva*): evidencias científicas y carencias arqueológicas», *Nivel Cero* 10, 2002, 72. Por ejemplo, 47, 9 Kg. en Junkelmann, 1994, 199.

<sup>161</sup> Walbank, *Com.*, X, 9, 7; Le Bohec, 1996, 227-228.



pérdidas que el mar les había infringido durante la I Guerra Púnica<sup>162</sup>; pero no nos faltarían precedentes para respaldar semejante idea<sup>163</sup>, incluyendo un posible ataque a *Carthago Nova* del que sólo conservamos noticias por Livio<sup>164</sup>. Sin embargo, se nos ocurren varios argumentos para rechazarla, siendo el principal de ellos el relato de los autores clásicos. Parece bastante claro, siguiendo los textos, que las tropas de Escipión hicieron la marcha por tierra. Sabemos además que Escipión trajo consigo 30 quinquerremes a Hispania, y Polibio dice que el comandante romano tomó *Carthago Nova* con 35 naves<sup>165</sup>, una flota a todas luces insuficiente para semejante cantidad de infantes, por no mencionar las monturas y, por supuesto, la *tormentaria* que, como veremos a continuación, los romanos utilizaron durante el asedio.

Por otro lado, en la Antigüedad, lo ideal era que las naves se varasen en la costa al final de cada jornada, pero eso sólo se podía hacer sin correr riesgos de dos formas: mediante el control de puertos seguros —y no es este el caso—, o con la protección de un ejército de tierra que ofrezca la cobertura necesaria<sup>166</sup>.

Tampoco creemos que la flota transportara el bagaje y viajara a la misma velocidad de marcha que las tropas de tierra. De hecho, los relatos de Polibio y Livio nos dicen que la flota llegó al mismo tiempo a *Carthago Nova*<sup>167</sup>, pero no sugieren que viajara de modo paralelo, es decir, no parece que se mantuviera un contacto continuo entre la flota y la columna de Escipión<sup>168</sup>.

---

<sup>162</sup> Por ejemplo, en Pol. I, 37; I, 39, 6; I, 54, 8.

<sup>163</sup> Por ejemplo en Polyae. *Strat.*, I, 39, 1; I, 40, 2; Pol. I, 26; Thuc. IV, 42; IV, 45. Un reciente artículo sobre el transporte de tropas en M. Charles, «Transporting the troops in late Antiquity: *Naves Onerariae*, Claudian and the Gildonic War», en *The Classical Journal* 100.3, 2005, 275-299.

<sup>164</sup> Liv. XXII, 20. Sobre ello, L. E. de Miquel Santed, «El primer asedio romano de Qart-Hadast. (Nueva documentación arqueológica)», en *El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura (Cartagena, 17-19 de noviembre de 1990)*, Murcia 1994, 55-59.

<sup>165</sup> Las 30 quinquerremes a la llegada de Escipión a la Península en Liv. XXVI, 19, 11. Las 35 que participaron en la conquista de la base púnica en Pol. X, 17, 13. Sobre este problema, véase Walbank, *Com.*, X, 17, 13.

<sup>166</sup> Goldsworthy, 2002, 121.

<sup>167</sup> Pol. X, 11, 5; Liv. XXVI, 42, 6.

<sup>168</sup> Liv. XXVI, 42, 5, dice que Lelio «había recibido instrucciones de dar un rodeo con la flota controlando la velocidad de las naves de forma que entrase en el puerto la flota al mismo tiempo que Escipión aparecía por tierra con el ejército».

De lo contrario, la columna de tierra se habría visto obligada a viajar por la costa, lo que hubiera alargado la marcha de manera considerable<sup>169</sup>. Es cierto que, de haber mantenido comunicación constante con la flota, hubiera sido posible evacuar a los hombres en caso de necesidad; pero Escipión tenía a su favor un margen de tiempo de más de una semana, lo que descartaba cualquier ataque púnico durante la marcha.

Parece, en definitiva, que el comandante romano había calculado fríamente los riesgos de la marcha, siendo muy probable, a juzgar por las palabras de Polibio<sup>170</sup>, que ya hubiera estado planificando la operación en Roma.

### Inicio del asedio

La rápida marcha concluyó con éxito, llegando las tropas por sorpresa a *Carthago Nova*, ciudad que Polibio describe detalladamente:

«El casco de la ciudad es cóncavo; en su parte meridional presenta un acceso más plano desde el mar. Unas colinas ocupan el terreno restante, dos de ellas muy montuosas y escarpadas, y tres no tan elevadas, pero abruptas y difíciles de escalar. La colina más alta está al Este de la ciudad y se precipita en el mar; en su cima se levanta un templo a Asclepio<sup>171</sup>. Hay otra colina frente a ésta, de disposición similar, en la cual se edificaron magníficos palacios reales, construidos, según se dice, por Asdrúbal<sup>172</sup> [...]. Las otras elevaciones del terreno, simplemente unos altozanos, rodean la parte septentrional de la ciudad. De estos tres, el orientado hacia el Este se llama el de Hefes-

---

<sup>169</sup> J. J. Jáuregui, «La conquista de Cartago Nova por Scipión y las mareas del Almarjal», en *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, Elche 1948, 407-408, opina que, «Sin entrar a discutir si el punto de partida fue Tarragona, Sagunto u otro lugar cualquiera, lo que sí es cierto es la colaboración de la escuadra y de Cayo Lelio, su comandante, único que a la partida sabía su designio, como es lógico y natural ya que la comunicación entre las tropas y la Escuadra había de ser muy difícil, si no imposible durante el viaje». No obstante, tampoco es imposible que utilizarasen algún medio de comunicación, como por ejemplo el sistema de antorchas, puesto que la flota se desplazaba pegada a la línea de costa. Sobre el uso de antorchas para comunicarse, véase Le Bohec, 2004, 212.

<sup>170</sup> Pol. X, 7, 1-3.

<sup>171</sup> Monte Concepción.

<sup>172</sup> Monte Molinete.

to<sup>173</sup>, el que viene a continuación, el de Aletes<sup>174</sup>; el tercero de los altozanos lleva el nombre de Cronos<sup>175</sup>»<sup>176</sup>.

Aunque desconocemos la fecha exacta en la que Polibio visitó la ciudad<sup>177</sup>, sabemos que vino acompañando a Escipión Emiliano, por lo que tuvo que ser en el 151/150 a. C. o en el 134/133 a. C. Walbank, Scullard, y Díaz Tejera se inclinan por la primera fecha<sup>178</sup>, mientras otros, como Martín Camino, creen que fue «poco antes de la guerra numantina del 133 a. C.»<sup>179</sup>. Tampoco podemos descartar que, como Walbank piensa, algunos fragmentos de esta parte de la obra de Polibio estuvieran escritos antes de su visita a *Hispania*<sup>180</sup>. Sea como fuere, lo cierto es que el autor griego admite que visitó la ciudad cuando ya había sufrido algunas reformas y asegura que la ciudad púnica era de mayor tamaño que la que él pudo observar<sup>181</sup>, cuyo perímetro estimó en unos 3.550 metros<sup>182</sup>.

<sup>173</sup> Castillo de Despeñaperros.

<sup>174</sup> Monte San José.

<sup>175</sup> Monte Sacro.

<sup>176</sup> Pol. X, 10, 6-10. Sobre la descripción de la ciudad, véase Schulten, 1935, 105-107; Beltrán, 1947, 137; Scullard, 1970, 48-52; M. Martín Camino, «Cartagena durante época bárquida: precedentes y estado de la cuestión», en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia*. XIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1998), Eivissa 2000, 14-15.

<sup>177</sup> Pol. X, 11, 4.

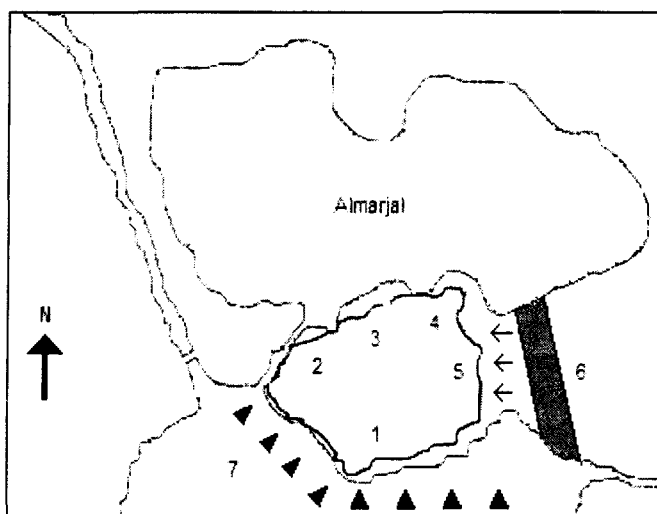
<sup>178</sup> Walbank, *Com.*, X, 9, 8; Scullard, 1970, 48; Díaz Tejera, 1981, 12. Véase también R. González Bravo y M. Hernández Hidalgo, *Cartagena púnica*, Cartagena 1987, 81-82.

<sup>179</sup> Martín Camino, 2000, 15.

<sup>180</sup> Walbank, *Com.*, X, 9, 8.

<sup>181</sup> Pol. X, 11, 4. Véase Walbank, *Com.*, X, 11, 4; Ruiz Valderas y Madrid Balanza, 2002, 25.

<sup>182</sup> 20 estadios. Pol. X, 11, 4. Los autores no se ponen de acuerdo en el estadio que utiliza Polibio, lo que causa una variación en las distancias: 3.700 metros en Schulten, 1935, 106; Walbank, *Com.*, X, 11, 4; Scullard, 1970, 49; 3.800 metros en Cordente Vaquero, 1992, etc. Lo cierto es que algunos estudios recientes han estimado una longitud máxima para la muralla de 2.569 m. y una superficie próxima a las 43 Ha. para la ciudad (S. F. Ramallo Asensio, «*Carthago Nova*. Arqueología y Epigrafía de la muralla urbana», en *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, León-Madrid 2003, 328). Sobre el estadio, Ch. Daremberg & Edm. Saglio, «*Stadium III Métrologie*», en *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, vol. IV/2, París 1887, 1455-1457.



1. M. Concepción. 2. M. Molinete. 3. M. Sacro. 4. M. San José.  
5. C. de Despeñaperros. 6. Campamento romano. 7. Flota romana.

En realidad, la descripción de Polibio presenta un error de orientación. Para tener una visión correcta del plano de la ciudad habría que girarlo 90° en el sentido de las agujas del reloj<sup>183</sup>. Por tanto, cuando el historiador griego nos dice que el campamento romano fue ubicado al norte de la ciudad, se está refiriendo en realidad al este de la misma<sup>184</sup>. El error se pone de manifiesto cuando el propio Polibio afirma que «Al lado opuesto del perímetro del campamento trazó un foso y una empalizada doble, que iban de mar a mar»<sup>185</sup>. Queda claro con esto que tanto el campamento como la empalizada estaban al este de la ciudad, de tal modo que «Al oeste y al norte, una laguna que comunicaba con el golfo a través de un canal se abatía sobre las fortifi-

<sup>183</sup> Schulten, 1935, 105; Beltrán, 1946, 104; 1947, 136; Walbank, *Com.*, X, 9, 8-10,4 (con un detallado mapa en la página 206); González Bravo y Hernández Hidalgo, 1987, 88-90 y 158; Cordente Vaquero, 1992, pp. 396-397 y 401.

<sup>184</sup> Pol. X, 9, 7; Liv. XXVI, 42, 6. Livio, al seguir el relato de Polibio, comete el mismo error de orientación. Las diferencias entre los relatos de ambos historiadores se debe posiblemente a que, aunque los dos utilizaban a Sileno de Caleacte, Livio, muy posterior a los hechos, seguramente se apoyaba en Celio Antipatro. Schulten repasa las diferencias entre ambos relatos (Schulten, 1935, 108).

<sup>185</sup> Pol. X, 9, 7.

caciones de la ciudad por la parte terrestre, reforzando así las defensas, de modo que cabía prever que en la eventualidad de un ataque las murallas contendrían por ese lado menor número de defensores»<sup>186</sup>.

En el lado del campamento que daba a la ciudad, Escipión no levantó defensa alguna, tal vez, como afirma el propio Polibio, para facilitar las salidas y entradas de sus soldados cuando atacasen la ciudad<sup>187</sup>. De hecho, los únicos trabajos que emprende el comandante romano son en previsión de una posible agresión desde el exterior, si bien una salida de los defensores no parecía muy probable teniendo en cuenta tanto su inferioridad numérica como la distancia de unos dos estadios que separaba las puertas de la ciudad del campamento romano<sup>188</sup>. Cuando las tropas estaban terminando de instalar el campamento, tuvo lugar, como se había previsto, la llegada de la flota al mando de Lelio.

Al día siguiente, Escipión hizo situar las naves frente a la muralla sur y eligió 2.000 hombres para que acompañaran, de cara al asalto, a los que portaban las escalas. La flota, que había procedido inmediatamente al bloqueo de la ciudad por el lado del mar, fue equipada, según Polibio, con artillería de todo tipo<sup>189</sup>. Sin embargo, es complicado saber qué importancia tuvo realmente la *tormentaria* en el asedio. En el texto de Apiano se concede mayor importancia a la artillería de torsión, y aunque su relato es el que más dudas provoca<sup>190</sup>, parece razonable que tanto los romanos como los púnicos utilizaran este tipo de armas, máxime cuando había en la ciudad un gran número de ellas<sup>191</sup>.

<sup>186</sup> Lancel, 1997, 179.

<sup>187</sup> Pol. X, 11, 1-3.

<sup>188</sup> Pol. X, 12, 6. Aprox. 350 metros.

<sup>189</sup> Pol. X, 12, 1.

<sup>190</sup> Un repaso a los errores de Apiano en Schulten, 1935, 111.

<sup>191</sup> La artillería de torsión ya había sido utilizada por el ejército de Aníbal en el asedio de Sagunto. Sobre ello, J. I. Garay Toboso y F. Romeo Marugán, «El armamento púnico frente a Sagunto: La aparición de la artillería de torsión en la Península Ibérica», en *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España. V Jornadas Nacionales de Historia Militar (Sevilla, 9-12 mayo 1995)*, Sevilla 1998, 47-65. Sobre su uso en *Carthago Nova*, Gracia Alonso, 2003, 241-243. Algunos ejemplos del uso de artillería en los asedios y su utilización por la flota en E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery. Historical Development*, Oxford 1969, 99-115 y 169-170 respectivamente.

En el interior de la ciudad, a los 1.000 mercenarios con los que contaba Magón se sumaron 2.000 ciudadanos que fueron concentrados en la puerta oriental de la ciudad<sup>192</sup>, frente al istmo, lugar por donde se esperaba el ataque romano<sup>193</sup>. De los 1.000 mercenarios, 500 fueron situados en el monte Molineete —la zona del Almarjal, conocida como *Arx Hasdrubalis*— y los 500 restantes en el monte Concepción —la colina de Esculapio, en la zona que daba al mar—. Los restantes ciudadanos actuarían allí donde fuera necesario<sup>194</sup>.

Cuando los romanos iban a comenzar el asalto, a primera hora de la mañana, los púnicos, fuera de todo pronóstico —en una acción que pone de manifiesto la escasa confianza que tenían en resistir hasta ser socorridos—, salieron por la puerta oriental en dirección a las tropas de Escipión, que todavía se encontraban cerca del campamento<sup>195</sup>. El combate se volvió pronto desigual; los cartagineses, en exagerada inferioridad numérica, tenían además que recorrer los 350 metros que les separaban del enemigo, llegando agotados al enfrentamiento. Los romanos recibían refuerzos rápida y constantemente, pero los pocos defensores que permanecían en la ciudad debían salir por una estrecha puerta y recorrer los dos estadios para socorrer a los suyos. Poco era lo que podían hacer ante la efectiva preparación de los legionarios romanos para este tipo de combate<sup>196</sup>; el duro entrenamiento al que eran sometidos, la perfecta sincronización del movimiento de rotación de sus líneas e incluso el diseño de su escudo, destinado a empujar además de defender, hacía de ellos un cuerpo prácticamente invencible<sup>197</sup>. Pronto, los defensores de la ciudad vieron que nada podían hacer contra semejante contingente y

---

<sup>192</sup> App. *Iber.*, 19, dice que Magón, el comandante púnico al mando de la guarnición, contaba con 10.000 hombres.

<sup>193</sup> Esto demuestra, en opinión de Cordente Vaquero, 1992, 403-403, «la escasa confianza que tenía Magón en sus hombres, mercenarios que combatían a cambio de una soldada y sin ninguna intención de realizar defensas desesperadas, mientras que los ciudadanos de Cartago Nova se jugaban en la empresa la libertad, las propiedades y hasta la vida».

<sup>194</sup> Pol. X, 12, 2-3; Liv. XXVI, 44, 2.

<sup>195</sup> Pol. X, 12, 5.

<sup>196</sup> El combate cuerpo a cuerpo en la Antigüedad era de extrema dureza. Al contrario de lo que habitualmente se imagina, estos enfrentamientos cuerpo a cuerpo no solían durar más de un cuarto de hora (Goldsworthy, 2002, 64). Véase también, Sabin, 2000, 4 ss.; Goldsworthy, 1998, 207-228.

<sup>197</sup> Sobre ello, Sabin, 2000, 8-11; Menéndez Argüín, 2000, 241-242.

emprendieron una desordenada huida perseguidos de cerca por los legionarios romanos. Al llegar a la estrecha puerta de acceso a la plaza, viéndose de tal manera acosados, se amontonaron sufriendo un gran número de bajas<sup>198</sup>.

Ante lo sucedido, muchos defensores abandonaron las murallas y a duras penas lograron impedir que los romanos entraran por la puerta<sup>199</sup>. Quedaba claro, tras el desafortunado ataque, que los sitiados sólo podían aferrarse a la posibilidad de ser socorridos por alguno de los tres ejércitos cartagineses que estaban en la Península Ibérica, siendo el de Asdrúbal Barca el más cercano. Por desgracia para ellos, los romanos, que no podían permitir que el auxilio llegase, lanzaron un virulento ataque con intención de escalar la muralla, pero el tamaño de su lienzo hacía necesario el uso de largas escalas que se rompían con facilidad bajo el peso de los hombres<sup>200</sup>. Además, con la verticalidad que adoptaban, bastaba un simple empujón para derribar a los escaladores<sup>201</sup>. En este punto, los recientes hallazgos arqueológicos respaldan el relato de Polibio; se pueden visitar actualmente los restos del tramo de la muralla púnica que se levantaba precisamente entre los montes San José y Despeñaperros, es decir, la zona del istmo, precisamente la parte que soportó los ataques más violentos del ejército romano<sup>202</sup>. Todo parece indicar, a juzgar por los restos descubiertos, que la muralla alcanzaba una altura considerable<sup>203</sup>.

---

<sup>198</sup> Pol. X, 12, 9. Por desgracia, las obras realizadas a principios del s. XX en la zona donde se ubicaba la puerta púnica destruyeron todo resto que pudiera permitir la reconstrucción del sistema de acceso a la ciudad. Sobre ello, Ramallo Asensio, 2003, 330-331.

<sup>199</sup> Pol. X, 12, 11; Liv. XXVI, 44, 4.

<sup>200</sup> Pol. X, 13, 8.

<sup>201</sup> Pol. X, 13, 8. Algunos consejos para el derribo de escalas en Aen. Tac. XXXVI.

<sup>202</sup> Hasta hace pocos años, no se sabía demasiado en relación al sistema defensivo de la ciudad púnica, pero las obras para la construcción de un aparcamiento de vehículos sacaron a la luz un tramo de muralla de más de 30 metros de longitud. Sobre ello, Martín Camino, 2000, 16; Ruiz Valderas y Madrid Balanza, 2002, 21-23; Ramallo Asensio, 2003, 331-332; M. Bendala y J. Blánquez, "Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania", en *CuPAUAM*, 28-29, 2002-2003, 148.

<sup>203</sup> De tradición helenística, estaba construida con dos muros paralelos que dejaban un espacio de unos 6 metros de anchura y conserva, en algunos casos, una altura superior a los 3 metros (Martín Camino, 2000, 17; Ramallo Asensio, 2003, 332).

Según Polibio, Escipión dirigía personalmente el combate protegido por tres escuderos<sup>204</sup>. Esto parece tratarse más bien de una exageración fruto del interés del autor griego por resaltar la figura del general romano y, para confirmarlo, basta con acudir a una cita del propio Polibio: «¿Qué se puede esperar de un jefe militar, de un general que no llega a entender que el que ejerce el mando supremo debe alejarse lo más posible del peligro en los riesgos parciales, en los que no se juega el todo por el todo?»<sup>205</sup>. Además, y siguiendo a Gracia Alonso, puesto que Escipión se encontraba tras las líneas romanas, tan sólo los proyectiles lanzados por máquinas podían alcanzarle, siendo poco lo que podía hacer un escudo contra semejante potencia de fuego<sup>206</sup>.

Pese a los esfuerzos romanos, la feroz resistencia de los defensores de la ciudad púnica, que arrojaban todo tipo de proyectiles, obligó a tocar retirada.

### El episodio de la laguna

Llegados a este punto, hemos de enfrentarnos a uno de los episodios más polémicos: la influencia de la marea sobre el nivel de las aguas de la laguna y su posible relación con la conquista de la ciudad. Polibio cuenta que durante el invierno, cuando las tropas permanecían acantonadas en *Tarraco*, «Algunos pescadores que habían faenado allí —se refiere a *Carthago Nova*— le indicaron que el lago era muy fangoso y que se podía vadear casi por todas partes cada día, principalmente a la hora del crepúsculo vespertino, en que normalmente había un reflujó»<sup>207</sup>. Livio y Apiano también mencionan este fenómeno; el primero dice que Escipión tuvo la oportunidad de examinarlo

---

<sup>204</sup> Pol. X, 13, 1-5; Liv. XXVI, 44, 7-8. En general, sobre la posición del comandante en una batalla, véase Menéndez Argüín, 2000, 227-229 y especialmente Goldsworthy, 1998, 149-163 y 167-170.

<sup>205</sup> Pol. X, 32, 9. El historiador griego insiste en que el comandante nunca debe ser puesto en peligro (Pol. X, 24, 3; 32, 9-11).

<sup>206</sup> Gracia Alonso, 2003, 242. Sobre el alcance y los efectos de la artillería de cuerda, véase Marsden, 1969, 86-98.

<sup>207</sup> Pol. X, 8, 7. Sobre estos pescadores, Walbank, *Com.*, X, 8, 7. Sobre las posibles dimensiones de la laguna, González Bravo y Hernández Hidalgo, 1987, 94-95; Ramallo Asensio, 2003, 326.



personalmente<sup>208</sup>, mientras que el segundo da a entender que el general romano no sabía nada de su existencia<sup>209</sup>.

Al iniciarse el reflujo, Escipión, que había prometido a sus tropas la ayuda de Poseidón<sup>210</sup>, ordenó a 500 hombres situarse en la orilla de la laguna. Acto seguido, lanzó un nuevo ataque con las fuerzas que permanecían en el istmo, obligando a los sitiados a concentrarse en la defensa de la muralla oriental. Al mismo tiempo, por el norte, aprovechando la bajada del nivel del agua de la laguna, los 500 escaladores se acercaron a la base de la muralla —probablemente de menor altura por el lado de la laguna— y comenzaron a escalarla sin que los defensores, que estaban concentrados intentando repeler el ataque por la puerta principal, nada pudieran hacer para evitarlo<sup>211</sup>. Una vez en el interior, los romanos se dirigieron a la entrada de la ciudad y abrieron las puertas para que sus compañeros accedieran a la plaza. Ante lo sucedido, sólo uno pocos defensores al mando de Magón pudieron refugiarse en la Acrópolis.

¿Qué hay de cierto en este episodio? Los diferentes estudios de las mareas en el Mediterráneo han demostrado que las oscilaciones del nivel en las aguas de Cartagena no llegan a medio metro, siendo las máximas de entre 0,34 y 0,42 metros sobre el nivel ordinario, posiblemente como consecuencia de los vientos reinantes y de las oscilaciones barométricas<sup>212</sup>. Sin embargo,

---

<sup>208</sup> Liv. XXVI, 45, 7-9.

<sup>209</sup> App. *Iber.*, 21.

<sup>210</sup> Pol. X, 11, 7; Liv. XXVI, 41, 18; 45, 9. Cordente Vaquero, 1992, 421, cree que tal vez Escipión se estaba refiriendo con su promesa al buen tiempo que permitió la llegada simultánea de la flota y el ejército. Sobre ello, un completo análisis en Walbank, *Com.*, X, 2, 1.

<sup>211</sup> Estos hombres formaban parte seguramente de uno de esos grupos especializados en escalar murallas con los que, a partir de Alejandro Magno, contaron los ejércitos. Sobre ello, Polyae., *Strat.* IV, 3, 29; Y. Garlan, *La Guerra en la Antigüedad*, Madrid 2003 (or. fr., París 1972), 109. Ejemplos de tácticas similares en Polyae. *Strat.*, IV, 2, 18; 6, 18; VI, 5; 19, 3 y VIII, 11.

<sup>212</sup> Jáuregui, 1948, 421, advierte que, sin embargo, en Tarragona las mareas tienen gran irregularidad, llegando en ocasiones a producir desniveles de un metro sobre el nivel habitual. Este fenómeno se presenta con cielos cubiertos y viento suave de Levante o Poniente, cesando al despejarse el cielo y levantarse el viento en cualquier dirección. Al parecer, estos desniveles son de escasa importancia en invierno, alcanzando su máxima amplitud en marzo, mayo, junio, septiembre y octubre, pero especialmente en el mes de junio. Las máximas se han observado en perio-

debemos tener presente que las oscilaciones habituales de la marea no pasarían de los 20 centímetros<sup>213</sup>. En opinión de Jáuregui, el fenómeno tampoco puede atribuirse a un temporal, puesto que la flota no tuvo ninguna dificultad para alcanzar la plaza al mismo tiempo que el ejército de tierra, lo que significa que las condiciones meteorológicas eran óptimas<sup>214</sup>. Podemos encontrar algunos ejemplos históricos en los que se presume la influencia de las mareas: Scullard, por ejemplo, cita fenómenos similares debidos al viento en el Mar Rojo, Crimea, Canal de Suez y Génova<sup>215</sup>; el propio Polibio menciona un episodio similar en la costa de África, y encontramos otro ejemplo en Flavio Josefo<sup>216</sup>.

Parece, a juzgar por el discurso de Escipión prometiendo la ayuda de Poseidón, que la bajada del nivel de la laguna era un fenómeno regular y el general romano –recordemos las informaciones de los pescadores– estaba al tanto de ello. Mansfield, quien atribuye la promesa de Poseidón a una invención procedente de algún relato posterior, piensa que Escipión no informó a sus hombres de la marea porque no era un fenómeno regular y por lo tanto no sabía si se iba a producir<sup>217</sup>. Por su parte, Walbank se pregunta qué sentido tenía la ofensiva de la mañana si Escipión conocía la existencia de la marea<sup>218</sup>, a lo que Scullard añade que, de haber concluido con éxito el ataque matutino, la profecía de Escipión no se habría cumplido<sup>219</sup>. En otras palabras, si sabía que el nivel de las aguas bajaba en un determinado momento del día, ¿por qué lanzó el durísimo ataque por la mañana en lugar de esperar a que se produjese el fenómeno asegurándose a la vez el cumplimiento de su augurio?

No creemos que el ataque matutino suponga ninguna contradicción. Escipión tenía que intentar el asalto a la ciudad; sus tropas eran superiores en

---

dos de plenilunio, siendo la duración de entre 10 y 15 minutos (*Ibidem*, p. 405). Véase también Schulten, 1935, 107; Hallward, 1970, 85, n. 4; Scullard, 1970, 55; E, Foulon, «Polybe, X, 2-20: La prise de Carthagène par Scipion», en *Revue de Philologie de Littérature et d'Histoire Anciennes*, LXIII, 2, 1989, 242-245 y Cabrero Piquero, 2000, 76-77.

<sup>213</sup> Beltrán, 1947, 140-141; Jáuregui, 1948, 408.

<sup>214</sup> Jáuregui, 1948, 408.

<sup>215</sup> Scullard, 1970, 56-57.

<sup>216</sup> Pol. I, 75, 4 ss.; Joseph. *B.J.*, II, 16.

<sup>217</sup> Mansfield, 1976, 41.

<sup>218</sup> Walbank, *Com.*, X, 2, 1.

<sup>219</sup> Scullard, 1970, 53.

número, el tiempo apremiaba y existía la posibilidad de que conquistaran la plaza durante el asalto, como de hecho estuvieron a punto de conseguir. Además, aun fracasando el intento, conseguirían debilitar a los defensores al mismo tiempo que les hacían creer que los ataques vendrían por el lado oriental de la ciudad. Con ello, lograrían que los púnicos concentrasen su escasas fuerzas allí, lo que constituye una acción lógica desde el punto de vista militar, como se encarga de recordarnos el mismísimo Lidell Hart: «Lejano ejemplo éste del axioma táctico de que el ataque a una plaza debe efectuarse en un frente lo más extenso posible, a objeto de tener ocupada la atención del enemigo e impedirle hacer frente al asalto decisivo realizado en otro punto»<sup>220</sup>. Por ello, no podemos calificar la desprotección de la muralla norte como un importante error defensivo por parte de los cartagineses. Los puntos débiles de toda muralla son, sin duda, las puertas de acceso, y los defensores de *Carthago Nova* se vieron obligados a concentrar en la muralla oriental los pocos hombres con que contaban a fin de contener el violento ataque de Escipión<sup>221</sup>. La guarnición apostada en el monte Molinete difícilmente podría percatarse de la presencia de un pequeño grupo de hombres que avanzara pegado a la base del lienzo<sup>222</sup>.

En cuanto al discurso de Escipión y su promesa de ayuda divina, el comandante romano, perfecto conocedor de las debilidades de sus hombres, entre los que cualquier fenómeno era interpretado como una actuación divina, no tuvo demasiados problemas en manipularlos en provecho propio haciendo uso de la privilegiada información de que disponía y, como nos recuerda Walbank, en caso de fracasar el intento nadie recordaría la promesa de ayuda divina, puesto que sólo las profecías con éxito son recordadas<sup>223</sup>.

No podemos pasar por alto una reciente hipótesis en la que, a través de una reinterpretación del texto griego, se quiere ver un posible control humano sobre el flujo de la laguna, es decir, que unas compuertas regularan la salida del agua por el canal que unía la laguna con el mar<sup>224</sup>. Polibio mencio-

<sup>220</sup> Lidell Hart, 1974, 47. De esta opinión son también, Beltrán, 1946, 106; 1947, 140; Foulon, 1989, 245.

<sup>221</sup> Foulon, 1989, 245; Goldsworthy, 2002, 325.

<sup>222</sup> Así lo creen por ejemplo, Beltrán, 1947, 141; Cordente Vaquero, 1992, 427; Cabrero Piquero, 2000, 81-82.

<sup>223</sup> Walbank, *Com.*, X, 2, 1.

<sup>224</sup> A. Lillo y M. Lillo, «On Polybius X, 10, 12f.: The Capture of New Carthage», *Historia*, XXXVII, 4, 1988, 477-480.

na que: «Se ha abierto un cauce artificial entre el estanque y las aguas más próximas, para facilitar el trabajo a los que se ocupan en cosas del mar»<sup>225</sup>, pero, como ya hemos tenido oportunidad de ver, visitó la ciudad a mediados del s. II a. C.<sup>226</sup>, cuando ya había sufrido considerables reformas, y entendemos que tanto este cauce artificial como el puente sobre el canal que menciona a continuación están entre ellas, salvo que, como apunta Ramallo Asensio basándose en un fragmento de Livio, realmente hubiera una puerta en este lado de la ciudad<sup>227</sup>. La descripción de Polibio rompe claramente la narración y da la impresión de ser una visión propia o al menos contemporánea al historiador<sup>228</sup>.

Puede que la respuesta sea mucho más sencilla. Algunos autores creen que, aunque la marea fuera de escasa entidad, las aguas pudieron haber retrocedido lo suficiente como para dejar un estrecho pasillo junto a la muralla<sup>229</sup>, que por esta zona era de menor entidad. De este modo, los escaladores podrían haber evitado el agua, elemento en el que la panoplia militar dificultaba el movimiento de forma importante<sup>230</sup>. Siguiendo el texto de Polibio, quien asegura que «se podía vadear casi por todas partes cada día»<sup>231</sup>, así como las palabras de Livio: «unos pescadores tarraconenses que habían recorrido la laguna en barcas o a pie cuando éstas quedaban varadas le habían dicho que se podía pasar a pie hasta la muralla sin dificultad»<sup>232</sup>, creemos que incluso pudieron cruzar la laguna, cuyo nivel no sería obstáculo serio.

Desgraciadamente, no podemos saber qué profundidad tenía el Almarjal en época púnica. En opinión de Ramallo Asensio, pudo alcanzar los 3 m. en algunos puntos a juzgar por la actividad pesquera que acogía<sup>233</sup>. Pero si comprobamos la evolución histórica de la laguna, que posteriormente quedó ais-

---

<sup>225</sup> Pol. X, 10, 11.

<sup>226</sup> *Vid. Sup.* Notas 178-179.

<sup>227</sup> Ramallo Asensio, 2003, 331, basándose en Liv. XXVIII, 36. Véase también González Bravo y Hernández Hidalgo, 1987, 104-105.

<sup>228</sup> *Vid. Sup.* Nota 176.

<sup>229</sup> Beltrán, 1946, 108; 1947, 141; Cordente Vaquero, 1992, 427.

<sup>230</sup> Foulon, 1989, 245.

<sup>231</sup> *Vid. Sup.* Nota 207.

<sup>232</sup> Liv. XXVI, 45, 7.

<sup>233</sup> Ramallo Asensio, p. 326

lada, sufriendo habituales inundaciones<sup>234</sup> y siendo foco continuo de enfermedades<sup>235</sup>, vemos que la profundidad era muy desigual. Es más, si observamos los mapas de la evolución del Almarjal<sup>236</sup>, comprobamos, en definitiva, que no es descabellado sostener un avance cruzando el extremo norte de la laguna, sobre todo contando con la imprescindible información de la que disponía Escipión. Como señala Beltrán<sup>237</sup>, el ataque se produjo posiblemente entre los montes Sacro y San José<sup>238</sup>, o más probablemente entre el Molinete y el Sacro<sup>239</sup>, donde las excavaciones arqueológicas han proporcionado un nivel de destrucción posiblemente relacionado con la toma de la ciudad por Escipión<sup>240</sup>. Irremediablemente nos vienen a la mente las palabras de Von Clausewitz: “Sin embargo, es extremadamente peligroso confiarse en la defensa de tales pantanos, praderas, ciénagas, etc., que no sean absolutamente intransitables fuera de los diques. Un solo punto de paso descubierto por el enemigo basta para hacer saltar por los aires la línea de defensa, lo que en caso de resistencia sería siempre va unido a grandes pérdidas”<sup>241</sup>.

Tras la toma de la ciudad, los romanos llevaron a cabo una masacre que sólo cesó cuando los cartagineses que resistían en la acrópolis se rindieron<sup>242</sup>. Este tipo de comportamientos para con los vencidos eran —por desgracia siguen siendo— habituales en las guerras en la Antigüedad<sup>243</sup>. La brutalidad

---

<sup>234</sup> C. Conesa García y E. García García, “Las áreas históricas de inundación en Cartagena: problemas de drenaje y actuaciones”, en *Boletín de la A. G. E.*, 35, 2003, 79-100.

<sup>235</sup> *Ibidem*, 79-100.

<sup>236</sup> Véase la considerable reducción del nivel de las aguas y la aparición de áreas anteriormente sumergidas en, Conesa García y García García, 2003, 85.

<sup>237</sup> Beltrán 1946, 108-109; 1947, 141.

<sup>238</sup> Cordente Vaquero, 1992, 428-431; Cabrero Piquero, 2000, 82.

<sup>239</sup> Schulten, 1935, 107.

<sup>240</sup> M. Martín Camino y B. Roldán Bernal, «Púnicos en Cartagena», *Revista de Arqueología*, año XII, 124, 1994, 20-21; Ruiz Valderas y Madrid Balanza, 2002, 21-23.

<sup>241</sup> C. Von Clausewitz, *De la guerra*, Madrid 2005 (or. al., Berlín 1832), 472.

<sup>242</sup> Pol. X, 15, 4-8; Liv., XXVI, 46, 6-10; App. *Iber.*, 23. Sobre el saqueo de la ciudad, Gracia Alonso, 2003, 142.

<sup>243</sup> Al respecto, es sumamente ilustrativo el artículo de A. Ribera I Lacomba y M. Calvo Gálvez, «La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo», *JRA* 8, 1995, 19-40. Se recogen en él evidencias de la crueldad con la que los romanos trataban a los vencidos. Ni siquiera los cadáveres se libraban del

era un recurso útil para romper el espíritu del enemigo y finalmente dominarlo, causando un efecto similar, al mismo tiempo, sobre las poblaciones vecinas<sup>244</sup>. Uniéndose a ello la agresividad siempre potenciada por los mandos militares y quizás el consumo de algún tipo de sustancia desinhibidora, tal vez el alcohol<sup>245</sup>. Del caso que nos ocupa, esto es lo que dice Goldsworthy: «El saqueo romano de una ciudad era brutal, incluso si tenemos en cuenta lo que era habitual en la Antigüedad, pues significaba una matanza general de los hombres y la violación de las mujeres. No obstante, es importante recordar que los soldados romanos que se comportaban con tal brutalidad habían padecido dos importantes asaltos a la ciudad, durante los cuales sufrieron un enorme número de bajas sin poder avanzar ni castigar al enemigo. Las evidencias descarnadas de los pueblos saqueados por los romanos hablan más de un furor salvaje que de asesinatos premeditados. Además, los ciudadanos de Cartago Nova no se comportaron como personas neutrales y pacíficas, sino como participantes activos en la defensa. Esto no sirve para perdonar la conducta de los romanos, pero, en parte, la explica»<sup>246</sup>.

Escipión ordenó reunir el botín en el ágora para ser repartido entre sus hombres al día siguiente<sup>247</sup>. El general romano procedió también a la entrega de la *corona muralis*, distinción con la que se premiaba al primer hombre que coronaba la muralla<sup>248</sup>. Fueron dos los hombres que se la disputaron; Quinto Trebelio, un centurión de la Legión Cuarta, y Sexto Digitio, un marinero al

---

ensañamiento de los vencedores (*Ibidem*, p. 39). Véase también B. Isaac, «Army and Power in the Roman World: A Response to Brian Campbell», en *Army and Power in the Ancient World*, Stuttgart 2002, 182; A. Goldsworthy, 2003, pp. 196-197.

<sup>244</sup> Ciertamente, no tenía que ser nada sencillo controlar a los soldados en esas situaciones (Isaac, 2002, 183). Sobre la brutalidad romana, el modo de proceder para con los vencidos, la actuación romana tras los asedios y el efecto causado sobre las poblaciones vecinas, véase B. Campbell, «Power without limit: The Romans always win», en *Army and Power in the Ancient World*, Stuttgart 2002, 169-170.

<sup>245</sup> Sobre ello, V. Davis Hanson, *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece*, London 1989, 126-131; Goldsworthy, 1998, 261-262; Menéndez Argüín, 2000, 256-257.

<sup>246</sup> Goldsworthy, 2002, 324.

<sup>247</sup> Pol. X, 15, 9; 16, 1; Cabrero Piquero, 2000, 83. Gran parte del botín formaba parte del bagaje de los hombres que habían partido a Italia, puesto que era habitual dejar las pertenencias en las bases (Gracia Alonso, 2003, 71-72). Sobre el reparto del botín en el ejército romano, Goldsworthy, 2002, 324.

<sup>248</sup> Sobre los premios en el ejército romano, Guillén, 2001, 484-486.

mando de Lelio. Según Livio, Escipión concedió finalmente la corona a ambos<sup>249</sup>. El episodio, quizás una invención del autor latino, no tendría mayor importancia salvo porque, de ser cierto, supondría que los hombres de la flota alcanzaron la muralla prácticamente al mismo tiempo que los que atravesaron la laguna, lo que pondría en duda la importancia del episodio del Almarjal en la conquista de la ciudad. Ya hablamos anteriormente de las fuentes utilizadas por Livio y Polibio, e igualmente mencionamos las dudas que planean sobre la imparcialidad del griego. Es muy significativo que el autor de Megalópolis no diga nada al respecto de este episodio teniendo en cuenta que había hablado con Lelio, comandante de la flota y amigo íntimo de Escipión. En opinión de Scullard, Polibio no otorgó a la flota la debida importancia a fin de mantener a su héroe en el centro de la historia, y como Mansfield sugiere, es posible que con esa misma intención intentara resaltar la influencia del episodio de la laguna<sup>250</sup>.

A continuación, Escipión se ocupó de los casi 10.000 rehenes, siendo los ciudadanos puestos en libertad. Los artesanos —unos 2.000— fueron convertidos en esclavos públicos, pero se les prometió la libertad al final de la guerra. Finalmente, de los prisioneros restantes —esclavos en su mayoría—, fueron escogidos los más aptos para servir como remeros en la flota romana<sup>251</sup>.

## Conclusiones

Con la conquista de la base púnica, los romanos asestaron un durísimo golpe al poder cartaginés. El botín capturado incluía materiales preciosos y objetos de gran valor, grandes cantidades de trigo y cebada, así como diverso material de guerra, destacando las diferentes máquinas<sup>252</sup>. Además, con la captura de la flota que allí había, los romanos se convirtieron —si es que no lo eran ya— en dueños absolutos del mar. Por si esto no fuera ya demasiado

<sup>249</sup> Liv. XXVI, 48, 6-14.

<sup>250</sup> Mansfield, 1970, 41; Scullard, 1970, 60.

<sup>251</sup> Pol. X, 17, 6-14; Liv. XXVI, 47, 1-3.

<sup>252</sup> Sobre el material de asedio capturado, véase F. Romeo Marugán y J.I. Garay Toboso, «El asedio y toma de Sagunto según Tito Livio XXI. Comentarios sobre aspectos técnicos y estratégicos», en *Gerión* 13, 1995, 261. Un cálculo de las ganancias romanas en Gracia Alonso, 2003, 158.

importante, gracias al control de *Carthago Nova* se dominaban las minas de plata y la producción de sal de la zona, privando con ello a los púnicos de recursos para pagar a sus mercenarios<sup>253</sup>. Los romanos se apoderaban también de la vía más rápida de comunicación del enemigo con Italia y con Cartago, de una zona rodeada de importantes campos de cultivo, entre los que destacaban los de esparto —material imprescindible para la construcción naval—, y abrían la ruta del Guadalquivir, lo que tuvo sus consecuencias inmediatas en las batallas de *Baecula* e *Ilipa*. No menos importante fue el paso a manos romanas de los rehenes que los cartagineses mantenían en la ciudad. Con su «liberación», los púnicos empezaron a sufrir las defecciones de numerosas tribus<sup>254</sup>.

Livio menciona un intento de reconquistar la ciudad por parte de los púnicos en el año 206 a. C.<sup>255</sup>, pero los romanos no cometieron el mismo error que sus enemigos y pusieron mucho cuidado en fortificar una ciudad que además podían defender desde el mar<sup>256</sup>.

Muchas de las hipótesis aquí presentadas son difícilmente demostrables, pero no debemos olvidar que una de las principales armas del historiador debe ser el sentido común. Resulta muy complicado creer que la operación de conquista de *Carthago Nova* fuera fruto de la suerte y de la rebelde juventud de Escipión. Al contrario, parece bastante evidente que el general romano había planeado concienzudamente sus movimientos<sup>257</sup>: estaba al corriente de la ubicación de los tres ejércitos púnicos, lo que le otorgaba un enorme margen de tiempo; conocía también el número de hombres que guardaban la ciudad y sabía que eran superados en número de forma abrumadora por las tropas romanas; tenía el dominio marítimo, lo que le aseguraba una rápida retirada en caso de necesidad; y contaba con un elemento de suma importancia estratégica: la sorpresa. En definitiva, era mucho lo que ganar y poco lo que perder ante un enemigo que, pese a sus recientes victorias, se encontraba en un momento muy delicado.

---

<sup>253</sup> La importancia minera de la región es destacada por Estrabón (III, 2, 10).

<sup>254</sup> Sobre la toma de rehenes por los cartagineses y la famosa continencia de Escipión, Gracia Alonso, 2003, 155-156.

<sup>255</sup> Liv. XXVIII, 36, 4-13.

<sup>256</sup> Véase por ejemplo, Scullard, 1970, 66; Liddell Hart, 1974, 54; Cabrero Pique-ro, 2000, 87.

<sup>257</sup> Scullard, 1970, 67; Liddell Hart, 1974, 52-53; Foulon, 1989, 246; Austin y Rankov, 1995, 15.



Si la marcha de siete días hasta la ciudad púnica comenzó en Sagunto o en otro punto de la geografía peninsular no tiene quizás mayor importancia. No obstante, hay que rechazar la idea de que las fuerzas romanas pudieran recorrer los 480 Km. de distancia que hay entre el río Ebro y *Carthago Nova* en tan breve espacio de tiempo y, a tenor de lo aquí expuesto, no hay motivo para creer que fueran más los días empleados en la marcha.

En el episodio de la laguna, Escipión puso de manifiesto su capacidad de control sobre sus hombres, algo que ayudó a fraguar la leyenda sobre su persona<sup>258</sup>. No parece que el fenómeno de la marea fuera casual y mucho menos que Escipión depositara en él sus esperanzas de victoria<sup>259</sup>. Al contrario, era difícil que los púnicos pudieran resistir el asedio y el episodio de la laguna sólo precipitó los acontecimientos. El general supo sacar provecho, tanto de sus conocimientos y previsión, como de la ignorancia y superstición de sus hombres, entre los que logró disipar las dudas que su juventud provocaba, apoyándose, además de en su éxito, en la utilización de las creencias religiosas<sup>260</sup>. Y es el propio Polibio el que nos advierte de ello: «Cornelio Escipión divulgó siempre, entre el pueblo, que realizaba sus proyectos por inspiración divina y, así, infundía confianza y ánimo en sus subordinados ante las empresas difíciles. Sin embargo, lo que se va a exponer evidencia que lo hizo todo con cálculo y reflexión; coronó con éxito sus acciones de una manera perfectamente lógica»<sup>261</sup>.

---

<sup>258</sup> Su deificación comenzó, en opinión de Santosuosso, seguramente con la toma de *Carthago Nova*, (Santosuosso, 1997, 199). No olvidemos, además, que la Segunda Guerra Púnica fue determinante en el desarrollo de un poder personal que comenzaba a escapar del control del estado. En este sentido se puede decir que Escipión constituye un precursor del Imperio y de la idolatría de los emperadores. Sobre ello, véase Delbrück, 1975, 367; Santosuosso, 1997, 198-200 y Le Bohec, 1996, 226. Sobre la naturaleza «divina» de Escipión, también B. Tisé, *Imperialismo romano e imitatio Alexandri. Due studi di storia politica*, Galatina (Lecce), 2002, 50.

<sup>259</sup> Walbank, *Com.*, X, 2, 1.

<sup>260</sup> Curiosamente, ya Nicolás Maquiavelo se hizo eco de ello (*Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid 2003, I, 11).

<sup>261</sup> Pol. X, 2, 12-13.. Sobre la leyenda de Escipión, véase Mansfield, 1976, 9-29; Tisé, 2002, 49-50.

**Resumen:**

En este artículo, se analiza la conquista de *Carthago Nova* por Escipión prestando especial atención a dos oscuros puntos: la marcha de siete días hasta la ciudad púnica y el episodio de la laguna. Sin embargo, es necesaria una presentación previa de la situación en *Hispania* a la llegada del joven comandante, así como un breve análisis de las circunstancias que rodearon su nombramiento. Sin olvidar el repaso a las distintas hipótesis que hasta el momento han ido surgiendo.

**Abstract:**

In this paper, the Scipio's conquest of *Carthago Nova* is analyzed giving special attention to two dark points: the march of seven days up to the punic city and the episode of the lagoon. Nevertheless, a previous presentation of the situation in *Hispania* at the arrival of the young commander is necessary, as well as a brief analysis of the circumstances that surrounded his appointment. Without forgetting the revision to the different hypotheses that up to the moment have been arising.